

Iglesia Primera de San Bernardo

Discipulado Raíces

La Soberanía de Dios

Compendio de Trabajo Módulo I

Sin la autorización escrita del Equipo Editorial de JPSB PUBLICACIONES, queda totalmente prohibida, bajo las sanciones contempladas por la Ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Publicado por Iglesia Unida Metodista Pentecostal,

Primera de San Bernardo.

Vecinal Norte #740. El Bosque, Santiago.

CHILE.

www.jpsb.cl

“Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces? En el mismo tiempo mi razón me fue devuelta, y la majestad de mi reino, mi dignidad y mi grandeza volvieron a mí, y mis gobernadores y mis consejeros me buscaron; y fui restablecido en mi reino, y mayor grandeza me fue añadida. Ahora yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia”.

Rey Nabucodonosor de Babilonia. (Daniel 4.34-37).

Bienvenidos a Raíces

Raíces es el discipulado básico de la Iglesia Primera de San Bernardo. Raíces tiene el objetivo de educar doctrinalmente para lograr un buen fundamento bíblico en la vida de cada uno de los hijos de Dios.

Estimado hermano, comenzaremos juntos un gran viaje a través del estudio de las Sagradas Escrituras. Aprenderemos cinco doctrinas fundamentales de la Fe Cristiana; *La Soberanía de Dios, El Origen del Hombre y del Pecado, El Verbo Divino, Jesucristo; El Espíritu Santo; y Las Últimas Cosas, Escatología General*. Con estos 5 módulos vamos a conocer y entender un poco más sobre la realidad, el poder y el carácter de Dios, lo cual ayudará a que nuestras vidas puedan ser acercadas en Fe al verdadero conocimiento de Dios, y así nuestros pasos puedan ser dirigidos a su buena voluntad.

Este estudio tiene un carácter cronológico, ya que empezaremos a ver cómo Dios en su Soberanía crea el mundo, y lo gobierna desde el principio hasta nuestra actualidad. Seguido de eso veremos la doctrina bíblica del hombre y el pecado, y cómo esto

afecta el orden inicial, y desencadena una serie de consecuencias que hasta el día de hoy son evidentes en la humanidad. Debido a este dramático problema del hombre, estudiaremos la gloriosa misión de Nuestro Señor Jesucristo, quien es el Verbo, el Hijo y el Salvador de todos nosotros. Posterior a la ascensión de Nuestro Señor, entra en escena el Espíritu Santo de Dios, doctrina que estudiaremos viendo una variedad de significados, áreas y tareas que cumple el Espíritu de Dios en nuestras vidas. Y por último, nos acercaremos al Estudio de la Escatología, el estudio de los últimos tiempos o de las últimas cosas. Una interesante Doctrina que nos revelará los planes de Dios no cumplidos aun para su iglesia.

Nuestro anhelo es que todos estos estudios, pueda ser más que un conocimiento erudito, una enseñanza que edifique un fundamento espiritualmente sólido en todos los ámbitos de vuestra vida.

¡Bienvenidos a Raíces!

Equipo Editorial de Discipulado Raíces.

Palabras de nuestro Pastor

“Mis saludos cordiales en el amor del Señor Jesucristo a todo el discipulado joven, que se ha dispuesto en este curso saber y conocer más de Dios (Jeremías 9.24). No tengo yo mayor gozo que éste, al oír que mis hijos andan en la verdad. Deseo sinceramente pleno éxito para ustedes, y que este estudio refuerce sus vidas espirituales.

Soberanía de Dios es el estudio que comienza este curso, y glorioso poder entenderlo y recibirlo en nuestro corazón. “porque de Él, y por Él, y para Él, son todas las cosas” (Romanos 11.36). Son las expresiones escritas en esta epístola por Pablo, que lo entendió desde el primer momento en que Dios se manifiesta a su vida. “él, temblando y temeroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga?”.

Bien dice la Escritura ¡ALTÍSIMO! La Soberanía de Dios se manifiesta en todo desde el principio. Creó Dios los cielos y la tierra, la luz, el día, la noche, las aguas y las expansiones, los árboles, las plantas, los peces, las aves, el hombre, y todo lo que ven nuestros ojos. Dios en todo expone su soberanía y todo funciona como Dios lo creó. La soberanía de Dios debe hacer que nuestra alma tenga paz al no estar en manos del azar. Al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén”.

Rvdo. Nacor Arredondo Martin.

Pastor Gobernante, Iglesia Primera de San Bernardo.

Metodología

Este Discipulado cuenta con cinco Doctrinas fundamentales, las cuales tendrán una duración de un semestre (cinco meses) cada una. Cada módulo o doctrina contará con cinco clases presenciales, más una lectura previa a cada clase, y un taller posterior a ésta.

Tenemos que recordar que este discipulado es en modo *Stricto Sensu*, lo cual implica que el alumno deberá tener una asistencia a las cinco clases del semestre (100%) para poder rendir la evaluación final a cada módulo.



El alumno podrá optar por dos modos de evaluación, esto es; Examen final, el cual contendrá toda la materia del módulo, o una Exposición final de la doctrina en cuestión o de algún tema relacionado con ésta.

Cuando el alumno complete el discipulado en un 100%, o sea, las cinco doctrinas fundamentales, podrá acceder a la graduación final del Discipulado Raíces.

A continuación, podrá encontrar en este compendio de trabajo del Módulo I: *La Soberanía de Dios*, las lecturas y los talleres de cada clase.

Cabe recordar que tanto las lecturas como los talleres tienen un carácter netamente complementario, por lo tanto, será fundamental la asistencia a todas las clases.

Discipulado
Echando Raíces

MallaCurricular**1 Módulo: *La Soberanía de Dios.***

Introducción y Definición
La soberanía de Dios en la Creación.

La soberanía de Dios en su providencia.

La soberanía de Dios y la voluntad del hombre.

Nuestra actitud hacia la soberanía de Dios.

2 Módulo: *El Pecado.*

Introducción y Definición.
Causa y origen del Pecado.
Alcance del Pecado.
El Carácter del Pecado.
Especificidades del Pecado.

3 Módulo: *El Verbo Divino, Jesucristo.*

Los Nombres de Cristo.
Las Naturalezas de Cristo.
El Estado de Humillación.
El Estado de Exaltación.

La Causa y la Necesidad de la Expiación.

4 Módulo: *El Espíritu Santo.*

El Espíritu Santo y la Trinidad.
El Espíritu Santo y la gracia común.
El Espíritu Santo y la revelación y la iluminación.
El Espíritu Santo y la iglesia, y sus símbolos,

El Espíritu Santo y la responsabilidad humana.

5 Módulo: *Las Últimas Cosas.*

La Segunda Venida de Cristo.
Conceptos Mileniales.
La Resurrección de los Muertos.
El Juicio Final.
El Estado Final.

El Plan de Estudios puede tener modificaciones de optimización a futuro.

Clase 1: Introducción y Definición.

“Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todos”. (1 Crónicas 29.11).

Lectura Previa.

Definición de la Soberanía de Dios.

“La soberanía de Dios” es una expresión en otros tiempos generalmente entendida. Era una expresión usada comúnmente en la literatura religiosa. Era un tema frecuentemente expuesto en el pulpito. Era una verdad que consolaba a muchos corazones, y daba virilidad y estabilidad al carácter cristiano. Mas, actualmente, mencionar la soberanía de dios es en muchos sectores hablar en lengua desconocida. Si anunciáramos desde el pulpito típico de hoy que el tema de nuestro mensaje iba a ser la soberanía de dios,

nuestro anuncio sonaría como algo totalmente ininteligible, como si hubiésemos sacado la frase de una de las lenguas muertas. Es lamentable que sea así. Es lamentable que la doctrina que es llave de la historia, interprete de la providencia, trama y urdimbre de la escritura, y fundamento de la teología cristiana, sea tan poco entendida, y tan tristemente descuidada.

¡La soberanía de Dios! ¿Qué queremos decir con esta expresión? Queremos decir la supremacía de Dios, que dios es rey de reyes, que dios es dios. Decir que Dios es soberano es declarar que es el altísimo, el que hace todo conforme a su voluntad en las huestes de los cielos y entre los habitantes de la tierra, de modo que nadie puede detener su mano ni decirle: ¿Qué haces? (Daniel 4:35). Decir que Dios es soberano es declarar que es el omnipotente, el poseedor de toda potestad en los cielos y en la tierra, de modo que nadie puede frustrar sus consejos, impedir sus propósitos, ni resistir su voluntad (Salmos 115:3). decir que Dios es soberano es declarar que “se señorea de las gentes” (Salmos 22:28), levantando reinos, derrumbando imperios y determinando el curso de las dinastías según le agrada. Decir que Dios es soberano es declarar que es el “solo poderoso”, rey de reyes, y señor de señores” (I de Timoteo 6:15). Tal es el dios de la biblia.

¡Cuán diferente es el Dios de la biblia del dios de la moderna cristiandad! El concepto de la deidad que hoy

día predomina más ampliamente, aun entre los que profesan estar atentos a las escrituras, es una pobre caricatura, l una patética parodia de la verdad. El Dios del siglo veinte es un ser impotente, frágil, que no inspira respeto a nadie que tenga dos dedos de frente. El Dios del sentir popular es creación de un sentimentalismo lacrimoso. El Dios de muchos pulpitos de la actualidad más digno de compasión que de temor reverente¹. Decir que dios padre se ha propuesto la salvación de toda la humanidad, que Dios hijo murió con la intención expresa de salvar a toda la raza humana, y que Dios espíritu santo está ahora procurando ganar el mundo para Cristo, cuando, según puede observarse comúnmente, es obvio que la gran mayoría de nuestros semejantes está muriendo en pecado y pasando a una eternidad sin esperanza, equivale a decir que Dios padre ha sido decepcionado, que Dios hijo ha quedado insatisfecho, y que Dios espíritu santo esta derrotado. Quizá hayamos planteado la cuestión crudamente, pero la conclusión es inevitable. Argumentar diciendo que Dios está “haciendo todo lo que puede” para salvar a la humanidad entera, pero que la mayoría de los hombres no le deja que lo haga,

¹ Años atrás, un predicador “evangélico” de reputación nacional visito la ciudad en que estábamos entonces, y oímos como en el transcurso de su mensaje repetía incesantemente. “¡Pobre Dios! ¡Pobre Dios!” ciertamente, ¡él era el que estaba necesitado de lastima y compasión!

equivale a decir que la voluntad del creador es impotente, y que la voluntad de la criatura es omnipotente. Echar la culpa al diablo, como muchos hacen, no resuelve la dificultad, pues si satanás está frustrando el propósito de Dios, es que satanás es todopoderoso y Dios ya no es el ser supremo.

Declarar que el plan original del creador ha sido frustrado por el pecado, es destronar a Dios. Sugerir que dios fue tomado por sorpresa en el Edén y que ahora está tratando de remediar una calamidad imprevista, es degradar al altísimo al nivel de un mortal finito y falible. Argumentar diciendo que el hombre es el que determina exclusivamente su propio destino, y que por tanto tiene poder para contrarrestar a su hacedor, es despojar a Dios del atributo de la omnipotencia. Decir que la criatura ha rebasado los límites de su creador, y que Dios es ahora prácticamente un espectador del pecado y el sufrimiento acarreados por la caída de Adam, es repudiar la declaración expresa de la sagrada escritura: “Ciertamente la ira del hombre te acarrea alabanza: Tú reprimirás el resto de las iras” (salmos 76:10). Resumiendo: Negar la soberanía de Dios es entrar en un sendero que, de seguirse hasta su conclusión lógica, lleva al puro ateísmo.

La soberanía del Dios de la escritura es absoluta, irresistible, infinita. Cuando decimos que Dios es soberano, a firmamos su derecho a gobernar el universo,

que ha hecho para su propia gloria, según le agrade. Afirmamos que su derecho es el derecho del alfarero sobre el barro: Él puede moldear ese barro en la forma que quiera, haciendo de la misma masa un vaso para honra y otra para vergüenza. Afirmamos que Él no está sujeto a norma ni ley alguna fuera de su propia voluntad y naturaleza, que Dios es ley a sí mismo, y que no tiene obligación alguna de dar cuenta a nadie de sus asuntos.

La soberanía caracteriza a todo el ser de Dios. Él es soberano en todos sus atributos. Es soberano en el ejercicio de su poder. Lo ejerce según quiere, cuando quiere y donde quiere. Este hecho está probado en cada página de la Escritura. Durante largo tiempo ese poder parece estar dormido, pero de repente surge con potencia irresistible. Faraón se atrevió a poner impedimentos a que Israel saliese a adorara Jehová en el desierto, y, ¿Qué ocurrió? Dios ejerció su poder, su pueblo fue liberado, y sus crueles capataces muertos. Pero poco después los amalecitas osaron atacar a estos mismos israelitas en el desierto; y, ¿qué ocurrió entonces? ¿Interpuso Dios su poder en esta ocasión y extendió su mano como había hecho en el mar rojo? ¿Fueron estos enemigos de su pueblo prontamente abatidos y destruidos? No, antes al contrario, Jehová juró que tendría “guerra con Amalec de generación en generación” (Éxodo 17:16). Asimismo, cuando Israel entró en tierra de Canaán, el poder de Dios fue desplegado nuevamente de manera memorable. La

ciudad de Jericó impedía el avance de los suyos; ¿Qué sucedió? Israel no tendió su mano y los muros cayeron a plomo. ¡Mas este milagro no se repitió jamás! Ninguna otra ciudad cayó de forma semejante. ¡Todas las demás tuvieron que ser tomadas a espada!

Podrían aducirse otros muchos ejemplos para ilustrar el ejercicio soberano del poder de Dios. Dios interpuso su poder y David fue librado del gigante Goliat; las bocas de los leones fueron tapadas y Daniel escapó ileso; los tres jóvenes hebreos fueron echados en el horno de fuego y salieron sin daños ni quemaduras. Pero este poder de Dios no siempre se interpuso para la liberación de su pueblo, pues leemos: “Otros experimentaron vituperios y azotes; y a más de estas prisiones y cárceles; fueron apedreados, aserrados, tentados, muertos a cuchillo; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabra, pobres, angustiados, maltratados” (Hebreos 11:36-37). Pero, ¿Por qué? ¿Por qué estos hombres de fe no fueron librados como los demás? ¿Por qué a aquellos se les permitió seguir viviendo y a estos no? ¿Por qué había de interponerse el poder de Dios, y rescatar a uno y no a otros? ¿Por qué permitió el que Esteban fuese apedreado hasta la muerte, y luego libró a Pedro de la cárcel?

Dios es soberano en la delegación de su poder a otros. ¿Por qué dotó a Matusalem con una vitalidad que le permitió sobrevivir a todos sus contemporáneos? ¿Por

qué concedió a Sansón tal fuerza que nadie jamás ha podido igualar? Porque está escrito: “Antes acuérdate de Jehová tu Dios: porque Él te da el poder para hacer riquezas” (Deuteronomio 8:18). Pero es evidente que Dios no derrama este poder por igual sobre todas las criaturas. ¿Por qué no? ¿Por qué lo ha otorgado a hombres como Carnegie y Rockefeller? He aquí la única y suficiente respuesta a estas preguntas: Porque Dios es soberano y, siéndolo, hace según le place.

Dios es soberano en el ejercicio de su misericordia. Necesario es que sea así, pues la misericordia está regida por la voluntad de aquél que es misericordioso. La misericordia no es un derecho del hombre. La misericordia es el adorable atributo de Dios por medio del cual muestra compasión y socorro hacia los infelices. Empero bajo el justo gobierno de Dios nadie es infeliz sin merecerlo. La misericordia se derrama, por tanto sobre los desgraciados, siendo la desgracia el resultado del pecado; luego los desgraciados merecen castigo, y no misericordia. Hablar de merecer misericordia es una contradicción de términos.

El ejercicio soberano de la misericordia de Dios, la compasión demostrada hacia los desventurados, se mostró cuando Jehová se hizo carne y habitó entre los hombres. Tomemos una ilustración. Durante una de las fiestas de los judíos, el Señor Jesús subió a Jerusalén. Llegó al estanque de Bethesda, donde yacían “multitud

de enfermos, ciegos, cojos, secos, que estaban esperando el movimiento del agua”. Entre esta “multitud” estaba “un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo”. ¿Qué sucedió? “Como Jesús vio a éste echado, y entendió que ya había mucho tiempo, dícele: ¿Quieres ser sano?” y este hombre, impotente para moverse, le respondió: “Señor, no tengo hombre que me meta en el estanque cuando el agua fuere revuelta; porque entretanto que yo vengo, otro antes de mí ha descendido. Dícele Jesús: Levántate, toma tu lecho y anda. Y luego aquel hombre fue sano, y tomó su lecho e íbase” (Juan 5:1-9). ¿Por qué este hombre fue escogido entre todos los demás? No se nos dice que clamara: “Señor, ten misericordia de mí”. No hay ni una sola palabra en este relato que sugiera que este hombre poseía algo que le diese derecho a recibir favor especial. Se trataba, pues, de un caso del ejercicio soberano de la misericordia divina, pues a Cristo le era exactamente igual de fácil curar a toda aquella “multitud”, como a este “un hombre”. Pero no lo hizo. Mostró su poder aliviando la desventura de este infortunado en particular; y por alguna razón, sólo por Él conocida, se abstuvo de hacer lo mismo por los demás.

Dios es soberano en el ejercicio de su gracia. Es necesario que sea así, pues gracia es el favor mostrado hacia el que nada merece, más aún, al que merece el infierno. La gracia es la antítesis de la justicia. Esta exige que la ley sea aplicada imparcialmente. Exige que

cada uno reciba lo que legítimamente merece, ni más ni menos. La justicia, como tal, no muestra compasión ni conoce misericordia. Empero la gracia divina no se ejerce a expensas de la justicia, antes bien “la gracia reina por la justicia” (Romanos 5:21); y si la gracia “reina”, es que es gracia soberana.

La gracia ha sido definida como favor inmerecido de Dios²; y si es inmerecido, nadie puede reclamarlo como derecho inalienable. Si la gracia no se gana ni se merece, es que nadie puede exigirla. Por consiguiente, puesto que la salvación es por gracia, don gratuito de Dios, Él la concede a quien quiere. Ni aún el más grande de los pecadores escapa al alcance de la misericordia divina. Así pues, la jactancia es excluida y toda la gloria es de Dios.

El soberano ejercicio de la gracia se ilustra en casi todas las páginas de la Escritura. Se permite que los gentiles anden en sus propios caminos, mientras que Israel se convierte en el pueblo del pacto de Jehová. Ismael, el

² Un querido amigo que tuvo la bondad de leer todo el manuscrito del presente libro, y a quien debemos muchas excelentes sugerencias, apunto que la gracia es algo más que un “favor inmerecido”, pero difícilmente se le puede dar el nombre de gracia. Más supongamos que el darle de comer fuera después de que ese vagabundo hambriento hubiese robado mi casa; ¡ah!, eso sí que sería “gracia”. La gracia, pues, es favor mostrado cuando hay un desmerecimiento positivo por parte de quien lo recibe.

primogénito, es desechado relativamente sin bendición, mientras Isaac, hijo de la vejez de sus padres, es hecho hijo de la promesa. Se niega la bendición al generoso Esaú, mientras que el gusano Jacob recibe la herencia y es formado en vaso para honra. Lo mismo ocurre en el Nuevo Testamento. La verdad divina está oculta a los sabios y prudentes, pero es revelada a los niños. Se permite que los fariseos y los saduceos vayan por sus propios caminos, mientras los publicanos y las ramera son atraídos por las cuerdas del amor.

La gracia divina obró de manera notable en tiempos del nacimiento del Salvador. La encarnación del Hijo de Dios fue unos de los más grandes acontecimientos de la historia del universo, y, sin embargo, el hecho y el momento del suceso no fueron dados a conocer a toda la humanidad; en cambio fueron especialmente revelados a los pastores de Belén y a los magos de oriente. Todos estos detalles tenían un sello profético que apuntaba al carácter de esta dispensación, pues aún hoy Cristo no es dado a conocer a todo. Habría sido cosa fácil para Dios enviar una legión de ángeles a toda nación a anunciar el nacimiento de su Hijo. Pero no lo hizo. Dios pudo fácilmente haber atraído la atención de toda la humanidad hacia la “estrella”; pero tampoco lo hizo. ¿Por qué? Porque Dios es soberano y concede sus favores como le agrada. Obsérvense particularmente las dos clases de personas a quienes se dio a conocer el nacimiento del Salvador – las clases más inapropiadas -

: Pastores y gentiles de un país lejano. ¡Ningún ángel se presentó ante el Sanedrín a anunciar el advenimiento del Mesías de Israel! ¡Ninguna estrella se apareció a los escribas y doctores de la Ley cuando éstos, en su orgullo y propia justicia, escudriñaban las Escrituras! Escudriñaron diligentemente para descubrir dónde había de nacer, y sin embargo no les fue dado a conocer que Él ya había venido. ¡Qué demostración de la soberanía divina! ¡Humildes pastores escogidos para un honor peculiar, mientras los eruditos y eminentes son pasados por alto! ¿Y por qué el nacimiento del Salvador fue revelado a estos magos extranjeros, y no a aquellos en medio de los cuales había nacido? Ved en esto una maravillosa prefiguración del proceder de Dios con nuestra raza a través de toda la dispensación cristiana: Soberano en el ejercicio de su gracia, otorgando sus favores a quien Él quiere; a menudo, a los más inapropiados e indignos.

Textos vinculados:

1. ¡Qué profunda es la riqueza, la sabiduría y la ciencia de Dios! ¿Cómo indagar sus decisiones o reconocer sus caminos? (Romanos 11:33)
2. Carta de Pablo, apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios, a los santos que (en Éfeso) están y perseveran en Cristo: (Efesios 1:1)

3. Todo viene de él, por él acontece y volverá a él. A él sea la gloria por siempre. ¡Amén! (Romanos 11:36)
4. Después David bendijo a Yagé en presencia de toda la asamblea. Dijo: "Bendito tú, oh Yagé, Dios de nuestro padre Israel, desde siempre hasta siempre. Tuya, oh Yagé, es la grandeza, la fuerza, la magnificencia, la duración y la gloria; pues tuyo es cuanto hay en el cielo y en la tierra. (1Crónicas 29:10-11)
5. A su debido tiempo Dios lo manifestará, el Bienaventurado y único Soberano, Rey de reyes y Señor de señores. (1Timoteo 6:15)

TALLER LECCIÓN 1

1. Verdadero y Falso (Argumente su elección).

a. La biblia no muestra la soberanía de Dios como un tema relevante.

b. La soberanía de Dios es una doctrina que todos entienden.

c. Dios es soberano en todos sus atributos

d. La doctrina de la soberanía da estabilidad y consuelo al carácter cristiano.

e. Si Dios no es soberano, entonces Dios a un ser incapaz, finito y falible.

2. Selección Múltiple.

- a. Según el texto, Dios no es soberano en:
 - i. El ejercicio de su poder
 - ii. En el ejercicio de su misericordia
 - iii. En el ejercicio de su gracia
 - iv. En lo anterior y todos sus atributos
 - v. Ninguna de las anteriores

- b. Señale cuál de las siguientes afirmaciones es correcta según la doctrina de la soberanía de Dios.
 - i. La soberanía de Dios en la escritura es absoluta e irresistible
 - ii. Dios padre se ha propuesto la salvación de toda la humanidad, Dios hijo murió con la intención expresa de salvar a toda la raza humana, y Dios espíritu santo está procurando ganar el mundo para Cristo.
 - iii. El hombre tiene la capacidad y puede aceptar a Dios cuando lo desee.

- c. ¿Cuál es la figura que más se acerca a la doctrina de la soberanía de Dios?
 - i. El juez y el acusado.
 - ii. El samaritano y el hombre asaltado.
 - iii. El barro y el alfarero.

3. Desarrollo.

- a. Según el módulo que hemos estudiado. Que significa declarar que Dios no es soberano en cuanto al hombre, el pecado y satanás.

b. Resume qué significa que Dios sea soberano en su poder, misericordia y gracia.

4. Caso.

a. Con lo aprendido en este capítulo, como puede responder a la siguiente declaración: ¿Por qué hay tanto sufrimiento en el mundo, dónde está Dios?

Clase 2: La Soberanía de Dios en la Creación.

“Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas” (Apocalipsis 4.11).

Lectura Previa.

LA SOBERANÍA DE DIOS EN LA CREACIÓN.

Habiendo visto que la soberanía caracteriza del ser entero de Dios, observemos ahora cómo este carácter soberano imprime su sello sobre todos sus caminos y su proceder.

En el gran espacio de la eternidad, que se extiende más allá de Génesis 1:1, el universo no había nacido aún y la creación existía tan sólo en la mente del Gran Creador. En su majestad soberana, Dios vivía solo. Nos referimos a aquel período, tan distante, antes de la creación de los cielos y la tierra. Pero aun en aquel tiempo, si tiempo puede llamarse, Dios era soberano.

Podía crear o no crear conforme a su buena voluntad. Podía crear en este sentido o en aquél; podía crear un mundo o un millón de mundos, ¿y quién había de resistir su voluntad? Podía llamar a la existencia a un millón de criaturas diferentes y colocarlas en absoluta igualdad, dotándolas de las mismas facultades y colocándolas en el mismo ambiente; o podía crear un millón de criaturas, todas diferentes entre sí, sin más característica común que su carácter de criaturas; ¿y quién había de discutir su derecho a hacerlo? Si quería, podía tanto llamar a la existencia a un mundo tan inmenso que sus dimensiones escaparan por completo al alcance del cálculo finito, como crear un organismo tan pequeño que ni aun el más poderoso microscopio hubiera podido revelar su existencia al ojo humano. Quedaba dentro de la esfera de su derecho soberano tanto el crear al exaltado serafín para que brillara en torno a su trono, como al diminuto insecto que muere en la misma hora en que nace. Si el Dios poderoso, en lugar de una uniformidad completa, decidía crear una vasta graduación en su universo, desde el más sublime serafín al reptil que se arrastra silencioso, desde los mundos que giran en torno a sus ejes a los átomos que flotan en el espacio, del macrocosmos al microcosmos, ¿quién había de disputar su soberana voluntad?

Considerad, pues, la acción de la soberanía divina mucho antes de que el hombre viera la luz. ¿Con quién consultó Dios en la creación y disposición de sus criaturas? Ved los pájaros volando por el aire, las bestias vagando por la tierra, los peces nadando en el mar, y luego preguntad: ¿Quién los hizo diferir así? ¿No fue su creador el que soberanamente les asignó sus diversos lugares y adaptaciones?

Levantad los ojos al cielo y observad los misterios de la soberanía divina que allí se enfrentan con el observador pensativo: “Otra es la gloria del sol, y otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas; porque una estrella es diferente de otra en gloria” (I Corintios 15:41). Pero, ¿por qué? ¿Por qué había de ser el sol más glorioso que los planetas que giran en torno a él? ¿Por qué había de haber estrellas de primera magnitud y otras de décima? ¿Por qué tan sorprendentes desigualdades? Y, ¿por qué había de haber “estrellas fugaces”, “exhalaciones”, “estrellas erráticas” (Judas 13), en resumen, estrellas arruinadas? La única respuesta posible es ésta: “Por tu voluntad tienen ser y fueron creadas”. (Apocalipsis 4:11).

Bajad ahora vuestros ojos a nuestro propio planeta. ¿Por qué dos tercios de su superficie habían de estar cubiertos de agua, y por qué tan enorme extensión del

tercio restante había de ser inadecuada para el cultivo o la vivienda? ¿Por qué había de haber vastas porciones de pantanos, desiertos y bancos de hielo? ¿Por qué un país había de ser tan inferior topográficamente a otro? ¿Por qué uno había de ser fértil y otro casi estéril? ¿Por qué uno había de ser rico en minerales y otro no producir ninguno? ¿Por qué el clima de uno había de ser grato y saludable, y el de otro todo lo contrario? ¿Por qué había de abundar el uno en ríos y lagos, y otro estar casi desprovisto de ellos? ¿Por qué uno había de estar constantemente sacudido por terremotos, y otro casi no conocerlos? ¿Por qué? Porque así agradó al Creador y Sustentador de todas las cosas.

Contemplad el reino animal y observad la maravillosa variedad del mismo. ¿Es posible comparar entre el león y el cordero, el oso y el cabrito, el elefante y el ratón? Algunos, como el caballo y el perro, están dotados de gran inteligencia; mientras otros, como las ovejas y los cerdos, casi carecen de ella. ¿Por qué? Algunos están destinados a ser bestias de carga, mientras otros disfrutaban una vida de libertad. ¿Por qué la mula y el asno habían de estar encadenados a una vida de afanoso trabajo, mientras se permite que el león y el tigre vaguen por la selva a su gusto? Algunos sirven de alimento al hombre, otros no; algunos son hermosos, otros feos; algunos están dotados de gran fortaleza, otros

parecen ser completamente impotentes; algunos son ligeros en el andar, otros apenas pueden arrastrarse – por ejemplo, la liebre y la tortuga-; algunos son útiles al hombre, otros parecen carecer de todo valor; unos viven años y años, otros, como muchos, unos cuantos meses; unos son mansos, otros feroces. Y, ¿por qué todas estas variaciones y diferencias?

Cuanto hemos dicho sobre los animales cuadrúpedos, se puede aplicar igualmente a las aves y peces. Mas considerad ahora el reino vegetal. ¿Por qué las rosas habían de tener espinas, mientras los lirios no las tienen? ¿Por qué una flor había de exhalar aroma fragante y otra no tener ninguno? ¿Por qué un árbol había de llevar frutos comestibles y otros venenosos? ¿Por qué una planta había de poder resistir la helada, y otra marchitarse con ella? ¿Por qué un manzano había de ir cargado de manzanas y otro árbol de la misma edad y en el mismo huerto ser casi estéril? ¿Por qué una planta había de florecer doce veces al año y otra sólo una vez cada siglo? Verdaderamente, “todo lo que quiso Jehová, ha hecho en los cielos y en la tierra, en las mares y en todos los abismos” (Salmo 135:6).

Considerad las huestes angélicas. Era de creer que aquí hallaríamos uniformidad; pero no es así. Como en otros

campos, también en éste se muestra la misma voluntad soberana del creador. Algunos de estos seres tienen más elevado rango que otros; son más poderosos, y están más cerca de Dios. La Escritura revela una gradación concreta y bien definida en las filas angélicas. De arcángel, pasando por serafín y querubín, llegamos a los “principados y potestades” (Efesios 3:10), y de los principados y potestades a los “gobernadores” (Efesios 6:12), y luego a los propios ángeles, y aun entre ellos leemos de “los ángeles escogidos” (1 de Timoteo 5:21). De nuevo preguntamos: ¿Por qué esta desigualdad, esta diferencia en rangos y orden? Y todo cuanto podemos decir es: “Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho” (Salmo 115:3).

Por tanto, si vemos la soberanía de Dios desplegada en toda la creación, ¿por qué ha de considerarse cosa extraña si la contemplamos operando en medio de la familia humana? ¿Por qué ha de tenerse por extraño que Dios se complazca en dar cinco talentos a uno, y a otro solamente uno? ¿Por qué ha de tenerse por cosa extraña si uno nace con una constitución robusta, y otro hijo de los mismos padres es endeble y enfermizo? ¿Por qué ha de tenerse por cosa extraña que Abel sea cortado en la flor de su juventud, mientras se permite que Caín siga viviendo durante años? ¿Por qué ha de considerarse extraño que unos nazcan negros y otros blancos; unos

idiotas y otros con elevadas dotes intelectuales; unos constitucionalmente letárgicos y otros rebosantes de dinamismo; unos con temperamento egoísta, rebelde, ambicioso, y otros abnegados, sumisos y desprendidos? ¿Por qué ha de tenerse por extraño que la naturaleza dote a algunos para dirigir y gobernar, mientras otros son solamente aptos para seguir y servir? La herencia y el medio ambiente no pueden explicar todas estas variaciones y desigualdades. No; es Dios quien hace la diferencia. ¿Por qué? “Así, Padre, pues que así agradó en tus ojos” (Mateo 11:26), ha de ser nuestra respuesta.

Aprended, pues, esta verdad básica: el Creador es soberano absoluto, ejecuta su propia voluntad, efectúa lo que le agrada, y no considera sino su propia gloria. “Todas las cosas ha hecho Jehová POR SI MISMO” (Proverbios 16:4). ¿Y acaso no tenía perfecto derecho a hacerlo? Puesto que Dios es Dios, ¿quién osará disputar Su prerrogativa? Murmurar contra Él es pura rebelión. Discutir sus caminos es impugnar su sabiduría. Criticarlo es pecado de la peor especie. ¿Hemos olvidado quién es El? He aquí, “como nada son todas las gentes delante de Él; y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es. ¿A qué pues haréis semejante a Dios?” (Isaías 40:17,18).

TALLER LECCIÓN 2.

1. Verdadero y Falso (Argumente su elección).

- a. En el principio Dios podía decidir entre crear o no crear el universo.

- b. Para crear todas las cosas, Dios no consultó con ninguna criatura.

- c. Las cosas aparentemente mal hechas, como las estrellas erráticas o la gran cantidad de agua inadecuada para los cultivos no son creación de Dios.

- d. Las proporciones de agua, tierra, y otros minerales como el oro o el cobre son sólo producto del azar.

- e. Los planes de la creación de Dios fueron afectados o limitados por algo externo a Él.

2. Selección Múltiple.

- a. ¿Cuál de todas estas cosas no es creada por la voluntad de Dios?
 - i. El viento
 - ii. El alma
 - iii. El fuego
 - iv. Los elementos naturales (minerales, gases, etc.)
 - v. Todas las cosas son creadas por Dios.

- b. ¿Cuáles de estas parejas de diferencia es creada por Dios?
 - i. Señor-Esclavo.
 - ii. Empleador-Empleado.
 - iii. Hombre-mujer.
 - iv. Hombre blanco-hombre negro.
 - v. Arcangel-Angel.
 - vi. Presidente de una nación-Ciudadano.

- c. ¿A qué ilustración se asemeja en cabalidad La soberanía de Dios en la creación?
 - i. Un domador arriba de un caballo.
 - ii. Un artista esculpiendo una estatua.
 - iii. Un jugador de ajedrez
 - iv. Un hombre escribiendo su propia novela.
 - v. Un niño construyendo un castillo de arena.
 - vi. La figura de Dios creador y señor de lo creado es única. Ya que el hombre no puede crear de la nada ninguna cosa.

3. Desarrollo.

- a) ¿Las enfermedades humanas (cualquiera sea) son realizadas por la voluntad de Dios?

- b) La extinción de una especie está dentro de la Soberanía de Dios. Explique cómo se convalida la voluntad de Dios al crear una especie y el hecho de que a lo largo de la historia muchas especies han sido extintas.

donde quiere sopla” (de donde le agrada), lo cual significa que el hombre no puede sujetarlo ni obstaculizarlo. A veces sopla con gran furor y bien podría aumentar repentinamente en volumen e intensidad, hasta convertirse en un huracán de proporciones mundiales. Si no hay otras leyes que las de la naturaleza para regular el viento, quizá mañana pueda producirse un tornado tremendo que barra y destruya todo lo que existe sobre la superficie de la tierra. ¿Qué garantía tenemos contra semejante calamidad? En los últimos años hemos oído y leído mucho sobre nubes que se descargan e inundan comarcas enteras, causando espantosos estragos en vidas y haciendas. Si el hombre es impotente ante estas cosas, si la ciencia no puede poner remedio alguno a que esto ocurra ¿Cómo sabemos que estas nubes no van a multiplicarse indefinidamente y que la tierra toda no será inundada por el torrente? De todas formas no sería nada nuevo; ¿Por qué no habría de repetirse el diluvio de los tiempos de Noé? ¿Y qué decir de los terremotos? Cada cierto número de años, alguna isla o alguna gran ciudad es barrida de la faz de la tierra por alguno de ellos; y ¿Qué puede el hombre hacer? ¿Dónde está la garantía de que dentro de poco un terremoto de colosales proporciones no va a destruir el mundo entero? Confiamos en que todo lector comprenda lo que estamos procurando demostrar: niéguese que Dios está gobernando la materia, niéguese que Él está “sustentando todas las cosas con la palabra de su

potencia“(Hebreos 1:3) ¡y desaparecerá todo sentido de seguridad!

Sigamos un razonamiento similar en lo que respecta a la raza humana. ¿Está Dios gobernando este mundo nuestro? ¿Está el rigiendo los destinos de las naciones, controlando la marcha de los imperios, determinando la duración de las dinastías? ¿Ha prescrito El los límites de los malhechores, diciendo: Hasta aquí llegarás y basta? Supongamos por un momento lo contrario supongamos que Dios ha dejado el timón en mano de sus criaturas, y veamos a dónde nos conduce tal suposición. Supongamos que todo hombre viene a este mundo dotado de una voluntad completamente libre, y que es imposible controlarlo sin destruir su libertad. Mas, si así fuera, no tendríamos garantía alguna de que la raza humana no cometería un suicidio moral. Si se eliminaran todos los frenos divinos y el hombre quedara absolutamente libre para hacer lo que gustase, todas las distinciones éticas pronto desaparecerían, la barbarie predominaría universalmente, y un caos infernal señorearía sobre la tierra. ¿Por qué no? Si una nación depone a sus gobernantes y repudia su constitución, ¿Qué impide que todas las naciones hagan lo mismo? Si hace poco más cien años la sangre de revoltosos corría por las calles de París, ¿Qué certeza tenemos de que antes de terminar el presente siglo cada ciudad de este mundo no va a presenciar un espectáculo similar? ¿Qué impide que el desorden y la anarquía lleguen a hacer

universidades? Y debido a estas interrogantes que nos hemos propuesto demostrar la necesidad, la perentoria necesidad, de que Dios ocupe el trono, tome el principado sobre su hombro, y controle las actividades y destinos de sus criaturas.

Habiendo mostrado de manera resumida la necesidad imperiosa de que Dios reine sobre este mundo, observemos ahora, además, el hecho de que Dios efectivamente gobierna; y que su dominio se extiende a todas las cosas y todas las criaturas, y es ejercido sobre ellas.

Dios gobierna la materia inanimada

El hecho de que Dios gobierna la materia inanimada, y que esta materia cumple Su deseo y lleva a cabo Sus decretos, se demuestra claramente en el propio frontispicio de la revelación divina. Dios dijo: “Sea la luz” y “fue la luz”. Dios dijo: “júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase la seca: y fue así”. Y de nuevo “dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé simiente; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su simiente esté en él”, sobre la tierra: y fue así”. Como declara el salmista: “porque Él dijo, y fue hecho: Él mandó, y existió”.

Lo que se declara en el primer capítulo del Génesis, se ilustra después en toda la biblia. Cuando las iniquidades de los antediluvianos habían alcanzado su plenitud,

Dios dijo: “Y yo, he aquí yo traigo un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne en que haya espíritu de vida debajo del cielo; todo lo que hay en la tierra morirá”; y en cumplimiento de este leemos; “El año seiscientos de la vida de Noé, en el mes segundo, a diecisiete días del mes, aquel día fueron rotas todas las fuentes del grande abismo, y las cataratas de los cielos fueron abiertas; y hubo lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches” (Génesis 6:17 y 7:11,12).

Obsérvese el control absoluto (y soberano) de DIOS sobre la materia inanimada en las plagas de Egipto. A su mandato, la luz fue convertida en tinieblas, y un río en sangre; cayó granizo, y la muerte se cebó sobre el impío país del Nilo, hasta que incluso su altivo monarca se vio obligado a clamar pidiendo liberación. Nótese particularmente cómo el texto inspirado hace énfasis aquí en el control absoluto de Dios sobre los elementos: “Y Moisés extendió su vara hacia al cielo, y Jehová hizo tronar y granizar, y el fuego discurría por la tierra; y llovió Jehová granizo sobre la tierra de Egipto. Hubo pues granizo, y fuego mezclado con el granizo, tan grande, cual nunca hubo en toda la tierra de Egipto desde que fue habitada. Y Aquel granizo hirió en toda la tierra de Egipto todo lo que estaba en el campo, así hombres como bestias; así mismo hirió el granizo toda la hierba del campo, y desgajó todos los árboles del país. Solamente en la tierra de Gosén, donde los hijos de Israel estaban, no hubo granizo” (Éxodo 9:23-26). La

misma distinción se observa en relación con la novena plaga: “y Jehová dijo a Moisés: Extiende tu mano hacia el cielo, para que haya tinieblas sobre de la tierra Egipto, tales que cualquiera las palpe. Y extendió Moisés su mano hacia el cielo, y hubo densas tinieblas tres días por toda la tierra de Egipto. Ninguno vio a su prójimo, ni nadie se levantó de su lugar en tres días; mas todos los hijos de Israel tenían luz en sus habitaciones” (Éxodo 10:21-23).

Los mencionados ejemplos no son en modo algunos casos aislados. Ante el decreto de Dios, el fuego y el azufre descendieron del cielo y las ciudades del llano fueron destruidas, al tiempo que un fértil valle quedaba convertido en un nauseabundo mar de muerte. A su mandato, las aguas del Mar Rojo se dividieron para que los israelitas pasaran en seco, y a Su palabra se volvieron a juntar destruyendo a los egipcios que los perseguían. Una palabra Suya, y la tierra abrió sus fauces para tragarse a Coré y a su grupo de rebeldes. El horno de Nabucodonosor fue encendido “siete veces tanto” su temperatura normal, y en él fueron echados tres hijos de Dios; pero el fuego ni siquiera chamusco sus ropas aunque mato a los hombres que se habían acercado a echarlos en él.

¡Qué formidable demostración del poderoso gobierno del Creador sobre los elementos nos fue ofrecida cuando, hecho carne, habitó entre los hombres! Vedle dormido

en la barca. Se levanta la tormenta. El viento ruge y las olas azotan con furor. Los discípulos que están con Él, temerosos de que su pequeña embarcación zozobre, despiertan a su Señor, diciendo “¿No tienes cuidado que perecemos?” Y entonces leemos: “Y levantándose, increpó al viento, y dijo a la mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y fue hecha grande bonanza” (Marcos 4:39). Obsérvese también cómo el mar ante la voluntad de su creador, los sostuvo sobre sus olas. A su palabra la higuera se secó; a su contacto la enfermedad huía instantáneamente.

Las grandes luminarias celestes son también gobernadas por su Hacedor y acatan a Su voluntad soberana. Tomemos dos ilustraciones. Al mandato de Dios el sol retrocedió diez grados en el reloj de Acaz para ayudar la débil fe de Ezequías. En tiempo del Nuevo Testamento, Dios hizo que una estrella anunciara la encarnación de su Hijo: la estrella que se apareció a los magos del oriente, de lo cual se nos dice que “iba delante de ellos, hasta que llegando, se puso sobre donde estaba el niño” (Mateo 2:9).

¡Cuán descriptiva declaración la que sigue!: “Él envía su palabra a la tierra; muy presto corre su palabra. Él da la nieve como lana, derrama la escarcha como ceniza. El echa su hielo como pedazos; delante de su frío, ¿Quién estará? Enviará su palabra, y los derretirá: soplará su viento y fluirán las aguas” (Salmo 147:15-18). Las

mutaciones de los elementos están sujetas al control soberano de Dios. Es Dios que retiene la lluvia, y es Dios quien la da cuando quiere, como quiere y a quien quiere. Los observatorios meteorológicos se atreven a predecir el tiempo, pero ¡cuán frecuentemente se burla Dios de sus cálculos! Las “manchas” solares, las actividades cambiantes de los planetas, la aparición y desaparición de los cometas (a los cuales se atribuye a veces el tiempo anormal), las perturbaciones atmosféricas, son simple causas secundarias, pues tras ellas está Dios mismo. Hable su Palabra una vez más: “Y también Yo os detuve la lluvia tres meses antes de la siega, e hice llover sobre una ciudad, y sobre otra ciudad no hice llover: sobre una parte llovió; la parte la cual no llovió, secóse. Y venían dos o tres ciudades a una ciudad a beber agua, y no se hartaban: con todo no os tornasteis a mí, dice Jehová. Os herí con viento solano y oruga; vuestros muchos huertos y vuestras viñas, y vuestros higuerales y vuestros olivares comió la langosta: pero nunca os tornasteis a mí, dice Jehová. Envié entre vosotros la mortandad al modo que en Egipto; maté a cuchillo vuestros mancebos, con cautiverios de vuestros caballos, e hice subir el hedor de vuestros reales hasta vuestras narices: empero no os tornasteis a mí, dice Jehová (Amós 4:7-10).

He aquí pues, que Dios gobierna verdaderamente la materia inanimada. La tierra y el aire, el fuego y el agua, el granizo y la nieve, los vientos tormentosos y los mares

alborotados. Todos cumplen la palabra de Su potencia y realizan Su voluntad soberana. Por consiguiente, cuando no quejamos del tiempo, estamos en realidad murmurando contra Dios.

Dios gobierna las criaturas irracionales.

¡Qué ilustración tan sorprendente del gobierno de Dios sobre el reino animal encontramos en Génesis 2:19! “formo pues, Jehová Dios de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y trajelas a Adán, para que viese como las había de llamar: y todo lo que Adam llamo a los animales vivientes, ese es su nombre”. Si se objetara que esto ocurrió en el Edén y antes de la caída de Adán y la maldición consiguiente sobre toda criatura, acudiremos al hecho histórico del diluvio, donde otra vez Dios mostro evidentemente su gobierno soberano sobre los animales .obsérvese en este texto como Dios hizo que viniera a no toda suerte de criaturas vivientes: "de todo lo que vive, de toda carne, dos de cada especie meterás en el arca, para que tengan vida con trigo; macho y hembra serán. de las aves según su especie... de todo reptil de la tierra según su especie, dos de cada especie entraran contigo" (Génesis 6:19-20) .todos estaban bajo el control soberano de Dios ,el león de la selva, el elefante del bosque, el oso polar, la terrible pantera, el lobo indomable, el tigre sanguinario, el águila del altísimo vuelo, y el cocodrilo que se arrastra, todos, con su ferocidad nativa ¡se someten dócilmente a la voluntad

de su creador, y vienen al arca de dos en dos!

Nos hemos referido a las plagas enviadas sobre Egipto como ilustración del control del creador sobre la materia inanimada; pero volvamos de nuevo a ellas para ver cómo nos hablan del perfecto dominio de Dios sobre las criaturas irracionales. A su palabra el río produjo ranas en abundancia que penetraron el palacio de faraón y en las casas de sus ciervos; y, contrariamente a sus instintos se introdujeron en camas, en los hornos y en las artesas (Éxodo 8:3) enjambres de moscas invadieron la tierra de Egipto ¡Mas no las hubo en la tierra de Gocén! (Éxodo 8:22). Después, el ganado enfermó repentinamente, y leemos: “he aquí las manos de Jehová serán sobre tus ganados que están en el campo, caballos, asnos, camellos vacas y ovejas, con pestilencia gravísima; y Jehová hará separación entre los ganados de Egipto y los de Israel; de modo que nada muera de todo lo de los hijos de Israel. Y Jehová señaló tiempo, diciendo: mañana hará Jehová esta cosa en la tierra. Y el día siguiente Jehová hizo aquello, y murió todo el ganado de Egipto; mas del ganado de los hijos de Israel no murió uno” (éxodo 9:3-6). De manera semejante Dios envió nubes de langostas para plagar al faraón y a su tierra designando el tiempo de su visitación, determinado su marcha destructora, y marcando los límites de sus estragos.

No son los ángeles los únicos que obedecen los mandatos de Dios, sino que también las bestias hacen según él quiere. He aquí en el arca sagrada, el arca del pacto, está en el país de los filisteos. ¿Cómo ha de ser vuelta a su tierra? Nótese los medios de que Dios se valió, y cuán completamente estaban bajo su control: “entonces los filisteos, llamando a los sacerdotes y adivinos preguntaron: ¿Qué haremos del arca de Jehová? declaramos como la hemos de tomar a enviar a su lugar. Y ellos dijeron... haced pues ahora un carro nuevo y tomad luego dos vacas que cerina las cuales no haya sido puesto yugo, y uncid las vacas al carro, y haced tornar detrás de ellas sus becerros a casa .tomareis luego el arca de Jehová y la pondréis sobre el carro; y poned en una caja al lado de ella las halagas de oro que la pagáis su expiación y la dejareis que se vaya. Y mirad: si sube por el camino de su termina vetásemos, él nos a echo este mal ron grande; y si nasceremos ciertos que su mano no nos hirió, nos ha sido un accidente” ¿y qué ocurrió? ¡Cuán sorprendente es lo que sigue! “y las vacas se encaminaron por el camino de vetásemos, e iban por un mismo camino andando y bramando, sin apartarse ni a diestra ni a siniestra” (I Samuel 6). Igualmente sorprendente es el caso de Aías: “y fue a él palabra de Jehová diciendo: apártate de aquí, y vuélvete al oriente, y escóndete en el arroyo de Quería, que esta adelante del Jordán y beberás del arroyo; y yo he mandado a los cuervos que te den allí de comer (I Reyes 17:2-4) . El instinto natural de estas aves de presa

fue reprimido, y en vez de comerse los alimentos, los llevaron al siervo de Jehová en su solitario retiro.

¿Son necesarias más pruebas? No hay que ir lejos para encontrarlas. Dios hace que un mudo asno reprenda a la locura del profeta. Envía dos osas de los bosques a devorar a cuarenta y dos de los atormentadores de Eliseo. En cumplimiento de su palabra, hace que los perros coman la carne impía Jezabel. Sella las bocas de los leones de Babilonia cuando Daniel es echado en el foso, aunque más tarde hace que devoren a los acusadores del profeta, prepara un gran pez para que traiga al desobediente Jomán, y cuando sueña la hora ordenada, le obliga a vomitarlo en tierra seca. A su mandato, y en cumplimiento de su palabra otro pez lleva una moneda para el tributo. Así vemos que DIOS reina sobre las criaturas irracionales bestias del campo. Aves del aire, y peces del mar obedeces mandato soberano

Dios dirige a los hijos de los hombres

Nos damos perfecta cuenta de que esta es la parte más difícil de nuestro tema, y, por consiguiente nos ocuparemos ella más extensamente en las páginas que siguen; pero de momento, y antes de entrar en detalles, vamos a considerar el hecho de gobierno de Dios sobre los hombres en general

Nos vemos confrontados con ciertas alternativas entre las cuales hemos de escoger: o Dios gobierna o es gobernado; o Dios dirige, o es dirigido; o Dios hace lo que quiere, o lo hacen los hombres. ¿es difícil escoger entre estas dos alternativas? ¿Diremos que el hombre es un ser tan rebelde que escapa al control de Dios? ¿Diremos que el pecado ha enajenado al pecador, apartándolo de Dios tres veces santo de tal forma de que ahora se halla fuera del ámbito de su jurisdicción? ¿O diremos que por haber sido el hombre dotado de responsabilidad moral, Dios ha de dejarlo enteramente sin control, por lo menos durante el periodo de su examen? ¿Se desprende necesariamente, por el hecho de que el hombre natural es un proscrito enemigo del cielo y un faccioso que se opone al gobierno divino, que Dios es impotente para cumplir sus propósitos por medio del? Lo que queremos decir es, no solamente que él puede encaminar a bien los efectos de las acciones de los malhechores, ni que traerá a los impíos ante su tribunal para que se pronuncie contra ellos sentencia condenatoria (pues esto también lo creen muchas personas que no son cristianas); sino que cada uno de los actos de los más desobedientes de sus súbditos está enteramente bajo su control. Más aún, que el tal, sin saberlo está llevando a cabo los designios del altísimo. ¿No fue así en el caso de Judas? ¿Y es posible escoger un caso más extremo? .por tanto si aquel archirrebelde estaba efectuando el consejo de Dios, ¿no hemos pensar

los mismo que los demás?

Nuestro objeto aquí no es llevar a cabo una encuesta filosófica ni llegar a una casuística de tipo metafísico, sino cerciorarnos de las enseñanzas de la escritura sobre este profundo tema. ¡A la ley y al Testimonio!, pues solo allí podemos aprender del gobierno divino: su carácter, su designio, su modus operandi, su alcance. ¿Qué es, pues, lo que ha agradado a Dios revelarnos en su bendita palabra referente a su control sobre las obras de sus manos, y particularmente sobre aquella que, en su origen, fue echa así propia imagen y semejanza?

“En el vivimos, y nos movemos y somos” (Hechos 17:28). ¡Que afirmación tan demoledora! Nótese que estas palabras no iban dirigidas a una de las iglesias de Dios, ni a un grupo de santos que hubiera alcanzado un plano de elevada espiritualidad, sino a un público pagano, a los que adoraban. Al “Dios no conocido” y que se “burlaban” cuando oían hablar de la resurrección de los muertos y no obstante, el apóstol Pablo no vacilo en declarar enfáticamente a los filósofos atenienses, a los epicúreos y a los estoicos, que Vivían, se movían y tenían su ser en Dios, lo cual no significa que debían su existencia y preservación a aquel que hizo el mundo y todo lo que en él hay, sino también que sus mismas acciones están bajo la administración y control del Dios de los cielos y tierra (véase Daniel 5:23 última cláusula).

“Del hombre son las disposiciones del corazón, mas de Jehová es la respuesta de la lengua” (proverbios 16:1) obsérvese que esta declaración tiene una aplicación general: se refiere a todo “hombre”, no simplemente los creyentes. “el corazón del hombre piensa su camino mas Jehová endereza sus pasos (proverbios 16:9).y si Jehová endereza los pasos del hombre ¿no es prueba de que este está siendo controlado o gobernado por Dios? Asimismo: “muchos pensamientos hay en el corazón del hombre, más el consejo de Jehová permanecerá” (proverbios 19:21) ¿puede esto significar otra cosa sino que, sea lo que sea lo que el hombre desee o planee, es la voluntad de su acedar lo que acaece? Tómese como ilustración el caso del “necio rico” se nos dan a conocer los “pensamientos” de su corazón “y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué hare, por qué no tengo donde juntar mis frutos? y dijo: esto hare: derribare mis alfolies y los edificare mayores, y allí juntare todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: alma, muchos bienes tienes almacenados para muchos años regocíjate, come, bebe, huélgate”. Tales eran los “pensamientos” de su corazón; pero fue “el consejo de Jehová” lo que permaneció. Lo “hare” del hombre rico quedaron en nada, pues “dijo le Dios: necio, esta noche vuelven a pedir tu alma” (Lucas 12:16 -21).

“Como lo repartiremos de las aguas, así está el corazón del rey en las manos de Jehová: a todo lo que quiere lo inclina” (proverbios 21:1) ¿hay algo que pueda ser mas explicito? Del corazón “mana la vida” (proverbios 4:23) pues “cuál es su pensamiento en su alma, tal es el” (proverbios 23:7) luego si el corazón está en las manos de Jehová, y si el “a todo lo que quiere lo inclina” ¿no es evidente que los hombres, más aun, los gobernantes y dirigentes, y por tanto todos los hombres, están por completo bajo el control gubernamental del todo poderse?

La declaración que acabamos de hacer no admite limitaciones. Insistir en que algunos hombres ponen impedimentos afectivos a la voluntad de Dios y trastornan sus consejos, es repudiar otros textos de las escrituras igualmente explícitos. Pongáse bien lo que sigue: “empero si él se determina en una cosa, ¿Quién lo apartara? Su alma deseo, e hizo” (job23:13).”El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones” (salmo33:11). “No hay sabiduría ni inteligencia, ni consejo, contra Jehová” (proverbios 21:30) “porque Jehová de los ejércitos ha determinado, ¿y quién invalidara? Y su mano extendida ¿Quién le hará tornar? (Isaías 14:27)”acordaos de las cosas pasadas desde el siglo; porque yo soy Dios, y no hay más Dios, y nada hay a mi semejante; que anuncio lo por venir desde el principio, y desde antiguo lo que aún no era hecho; que digo: Mi

consejo permanecerá, y hare todo lo que quisiere” (Isaías 46:9,10). No hay la menor ambigüedad en estos pasajes. Afirman, en los términos más inequívocos e incondicionales, la imposibilidad de que el propósito de Jehová quede en nada.

En vano leemos escrituras si no descubrimos que los actos de los hombres, tanto de malos como a de los buenos, están gobernado por Jehová Dios. Nemrod y sus compañeros determinaron erigir la torre de babel, pero antes de que su obra fuese acabada Dios frustró sus planes. Jacob era el hijo a quien se le había prometido la herencia, y aunque Isaac trato de alterar el decreto de Dios y otorgar la bendición a Esaú, sus esfuerzos quedaron en nada. Esaú juró vengarse de Jacob, pero cuando se encontraron después de la separación, en vez de pelear llenos de odio, se abrazaron con lágrimas de gozo. Los hermanos de José penaron su destrucción, pero sus malos deseos fueron frustrados. Faraón pareció en el mar rojo al intentar oponerse a que Israel cumpliera las instrucciones de Jehová. Balac alquiló a Balam para que maldijese a Israelitas, pero Dios le obligo a bendecirlos. Aman erigió una horca para macoqueo, pero fue él quien fue colgado en ella. Jomas resistió la voluntad revelada de Dios, pero ¿en que pararon sus esfuerzos?

¡Ah los paganos podrán “amotinarse”, enojarse, y el pueblo pensar “vanidad”! ¡Los reyes de la tierra podrán

“estar”, y los príncipes “consultar” unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: “rompamos sus coyundas, y echemos mostros sus cuerdas” (salmo 2:1-3)! Pero, ¿acaso el gran Dios es perturbado o es turbado por la rebelión de sus mezquinas criaturas? No por cierto: “el que mora en los cielos se reirá, el señor se burlara de ellos” (v.4). Él está infinitamente exaltado por encima de todos, y las más grandes confederaciones de los “peones” de la tierra, y los preparativos más vastos y enérgicos para derrotar su propósito son, a sus ojos, como un juego de niños. El mira tan fútiles esfuerzos no solamente sin alarma, sino “riéndose “de la locura de ellos; trata su impotencia “ridiculizándola”. Sabe que puede aplastarlos como polillas cuando guste o consumirlos en un momento con el aliento de su boca. ¡Ah, qué “vanidad” es que los “tostos” de la tierra luchen contra la gloriosa majestad del Cielo! Tal es nuestro Dios, adoradle.

Dios gobierna los ángeles, tanto los buenos como los malignos. Los ángeles son siervos de Dios, mensajeros suyos sus carros. Escuchan siempre la voz de su boca y cumplen sus mandamientos. “y envió Jehová el ángel a Jerusalén para la; pero estando el destruyendo miro Jehová, y arrepintiéndose de aquel mal, y dijo al ángel que destruía: basta ya; detén tu mano... y como Jehová hablo al ángel, el volvió su espada a la vaina” (I crónicas 21:15-28). Podrían citarse otros textos de las escrituras para mostrar que los ángeles están en sujeción a la

voluntad de su creador y hacen lo que él manda: “entonces Pedro, volviendo en si dijo: ahora entiendo verdaderamente que el señor ha enviado a su ángel, y me ha liberado de la mano de Herodes” (Hechos 12:11), “y el señor dijo a los santos profetas ha enviado a su ángel, para mostrar a sus cuervas las cosa que es necesario que sean hechas presto” (Apocalipsis 22:6). Así ocurrirá cuando nuestro señor vuelva: “enviara el hijo de hombre a sus ángeles, y cogerán de su reino todos los escándalos, y los hacen iniquidad (Mateo 13:41) asimismo leemos: “y enviar a sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntaran sus escogidos de los cuatro vientos, de un cabo del cielo hasta el otro” (Mateo 24:31).

Lo mismo puede decirse de los espíritus malignos también ellos cumplen los decretos soberanos de Dios: un espíritu malo fue enviado por Dios para provocar la rebelión en el campamento de abisele (jueces 9:23), otro para ser espíritu mentiroso en los profetas de acaba : “y ahora , he aquí Jehová ha puesto espíritu de mentira en la boca de estos tus profetas , y Jehová ha decretado el mal cerca de ti”(I Reyes 22:23); y aun a otro para atormentar a Saúl , “y el espíritu de Jehová se apartó de Saúl ,y atormenta bale el espíritu malo de parte de Jehová”(I Samuel 16:14) así también en el nuevo testamento : una legión entero de demonios no salió de su víctima hasta que el señor los dejo entrar en el hato de puercos.

Por consiguiente, la escritura aclara que los ángeles, buenos y malos, están bajo el control de Dios, y que voluntario o involuntariamente, llevan a cabo su propio sitio. Si, el propio SATANAS está absolutamente sujeto al control de Dios. Acusado en el edén, escucho la terrible sentencia sin pronunciar palabra. No pudo tocar a Job hasta que Dios le concedió autorización. También tuvo que esperar el concebimiento de nuestro señor antes de “zarandear” a Pedro. Cuando Cristo le mando partir, diciéndole: “vete santanas”, leemos: “el diablo entonces le dejo” (mateo 4:11). Y como acto final sabemos que será echado al lago de fuego que ha sido preparado para él y sus ángeles.

El señor omnipotente reina. Su gobierno se ejerce sobre la materia inanimada, sobre las bestias, sobre los hijos de los hombres, sobre las anglas buenas y malas, y sobre Satanás mismo. Ningún planeta gira, ninguna estrella brilla, ni hay tormenta, ni movimiento de criatura, ni acto de un hombre, ni hecho de un ángel, ni acción del diablo, ni nada puede ocurrir en todo el vasto universo de forma diferente a como Dios ha determinado desde la eternidad. He aquí un auténtico fundamento para la fe. He aquí un verdadero lugar para el reposo del intelecto. He aquí el ancla para el alma segura y firme. No se trata del destino ciego, del mal desencadenado, del hombre o del diablo, sino que es Dios mismo el que está gobernando este mundo, dirigiéndolo según su propia

voluntad y para su propia gloria eterna.

Diez mil centurias ante que los cielos fuesen en sus cimientos afirmados, los mundos por venir, los muengos siglos estaban ya en su mente penados. El vil gusano, al ave pasajera, los tronos con sus reyes coronados, el fin de dinastías, pueblos, eras: todo estaba en su mente decretado (Isaac watts).

TALLER LECCIÓN 3.

1. Verdadero y Falso (Argumente su elección)

- a. La naturaleza actúa según sus leyes y Dios no interviene desde que las creó.

- b. No hay necesidad de demostrar que Dios es soberano, pues esta doctrina no tiene implicancia en la vida Cristiana.

- c. Dios domina las acciones de los hombres buenos y malos.

- d. Las bestias irracionales no están controladas por la soberanía de Dios, pues fueron creadas para una libertad en inocencia.

- e. El verso bíblico “En el vivimos, y nos movemos y somos (Hechos 17:28)” implica que sólo los salvos o Cristianos están bajo la soberanía de Dios.

2. Selección Múltiple

- a. Según el texto, niéguese que DIOS está gobernado la materia y que es sustentador de todas las cosas y...:
 - i. No puede ser salvo.
 - ii. Estará desmitificando una doctrina errada.
 - iii. Es una verdad incompleta.
 - iv. Desaparecerá todo sentido de seguridad.
 - v. Ninguna de las anteriores.

- b. Según el texto, Dios es soberano sobre:
 - i. La materia.
 - ii. Los hombres.
 - iii. Los Ángeles.
 - iv. Los Animales.
 - v. Todas las anteriores.

- c. ¿Cuál de los siguientes versos indican la soberanía de Dios?
 - i. Porque de tal manera amó Dios al mundo...
 - ii. Del hombre son las disposiciones del corazón, mas de Jehová es la respuesta de la lengua.
 - iii. Y Jesús lloró.
 - iv. No mataras....

3. Desarrollo

- a. Según lo aprendido en este módulo. ¿Cómo se explica el pasaje bíblico en que Jesús le dice a Pedro “Satanás te ha pedido para ser zarandeado”

Clase 4: La Soberanía de Dios y la Voluntad del Hombre.

*“Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”.
(Filipenses 2.13).*

Lectura Previa.

LA SOBERANIA DE DIOS Y LA VOLUNTAD DEL HOMBRE.

En lo que se refiere a la naturaleza y poder de la voluntad del hombre caído, predomina hoy día gran confusión, y se sostiene los puntos de vista más erróneos, aun por parte de muchos hijos de Dios. La idea popular que actualmente prevalece, y que se enseña desde la mayoría de los púlpitos, es que el hombre tiene “libre albedrío”, y que la salvación viene al pecador por la cooperación entre su voluntad y el Espíritu Santo. Negar el “libre albedrío” del hombre, es decir su poder para

escoger lo bueno, su capacidad nata para aceptar a Cristo, es desacreditarse en seguida, incluso ante muchos de los que profesan ser ortodoxos. Pero la Escritura dice enfáticamente “No es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia” (Romanos 9:16). Asimismo la palabra declara explícitamente “No hay quien busque a Dios” (Romanos 3:11). ¿Acaso Cristo no dijo a los hombres de su tiempo: “No queréis venir a mí, para que tengáis vida” (Juan 5:40)?³ Sí, pero algunos sí “vinieron” a Él, algunos sí le recibieron. Cierto, ¿y quiénes eran? Juan 1:12, 13 nos dice: “Mas a todos los que le recibieron, dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre: los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, más de Dios”.

Pero, ¿no enseña la Escritura que “el que quiera venga?” Sí que lo enseña, pero, ¿significa esto que todo el mundo quiere venir? ¿Qué diremos de los que no quieren venir? “El que quiera venga” no quiere decir que el hombre caído tenga en sí poder para venir, como “extiende tu mano” no significaba que el hombre de la mano seca tenía capacidad en sí mismo para obedecer. En sí mismo y por sí mismo el hombre natural tiene poder para

³ Nótese que estas palabras de Jesús encierran una afirmación, no una pregunta ni, mucho menos, una invitación (Nota del Editor)

rechazar a Cristo, pero no para recibirlo. ¿Y por qué? Porque su mente es “enemistad contra” El (Romanos 8:7); porque tiene un corazón que lo aborrece (Juan 15:18). El hombre escoge lo que es conforme a su naturaleza, y por tanto, antes que escoja o prefiera lo que es divino y espiritual, es preciso que le sea impartida una nueva naturaleza; dicho de otro modo, es preciso que nazca de nuevo.

Empero puede preguntarse: ¿No vence el Espíritu Santo la enemistad y odio del hombre cuando convence al pecador de sus pecados y de su necesidad de Cristo?; ¿y no produce el Espíritu de Dios tal convicción en muchos que perecen? Semejante lenguaje revela confusión en los pensamientos: si la enemistad de tal hombre estuviese realmente “dominada”, se volvería a Cristo prontamente; el hecho de que no viene al Salvador demuestra que su enemistad no ha sido vencida. Empero el hecho de que muchos, a través de la predicación de la palabra, son redargüidos por el Espíritu Santo, y que a pesar de eso mueren en incredulidad, es una solemne verdad. Sin embargo, conviene no perder de vista que el Espíritu Santo hace en cada uno de los elegidos de Dios algo más que en los no escogidos: obra en ellos “así el querer como el hacer, por la buena voluntad de Dios” (Filipenses 2:18).

En respuesta a lo que acabamos de decir, los arminianos dirían “No; la obra de convicción de Espíritu es la misma

tanto en los convertidos como en los inconversos. Lo que distingue una clase de otra es que los primeros ceden a Su contención, mientras que los segundos resisten”. No obstante, si fuera así, el cristiano sería el que “diferiría” personalmente en si naturaleza, mientras que la Escritura atribuye su actitud a la gracia discriminadora de Dios (1 Corintios 4:7). Así mismo, si tal fuera el caso, el cristiano tendría motivos para jactarse y gloriarse por su cooperación con el Espíritu; mas esto contradeciría directamente a Efesios 2:8. “Porque por gracias sois salvos por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios”.

Apelemos a la experiencia real del lector cristiano. ¿No es cierto que hubo un tiempo (y que su recuerdo nos humille hasta el polvo) cuando no querías venir a Cristo? Sí, lo hubo. Desde entonces, has venido a Él. ¿Estás ahora dispuesto a darle toda la gloria por ello? (Salmo 115:1). ¿No reconoces que viniste a Cristo por que el Espíritu Santo te “trasladó” del no querer al querer? Sí, lo reconoces. Entonces, ¿no es también patente que el Espíritu Santo no ha hecho en muchos otros lo que ha hecho en ti? Se admite que otros muchos han oído el Evangelio, se les ha mostrado su necesidad de Cristo; pero aun así no quieren venir a Él. Así pues, Él ha obrado más en ti que en ellos. Mas tú dices: Sin embargo, recuerdo bien el tiempo en que se me presentó la Gran Alternativa, y mis facultades conscientes dan testimonio de que mi voluntad actuó y yo cedí a las

exigencias de Cristo sobre mí. ¡Muy cierto! Pero antes que “cedieras”, el Espíritu Santo venció la enemistad innata de tu ánimo contra Dios, y Él no vence en todos esta “enemistad”. Si se dijera que eso ocurre en los que no quieren que su enemistad sea vencida... ¡ah, ninguno “quiere” si antes Él no ha usado Su poder omnipotente y obrado un milagro de gracia en el corazón!

Pero preguntamos ahora: ¿Qué es la voluntad humana? ¿Es un agente que toma sus propias determinaciones, o es a su vez determinada por otra cosa? ¿Es soberana o sierva? Es la voluntad superior a todas las demás facultades de nuestro ser, de modo que las gobierna, o está movida por los impulsos de dichas facultades, y sujeta a los deseos de ella ¿Gobierna la voluntad sobre la inteligencia, o es la inteligencia la que gobierna a la voluntad? ¿Es la voluntad libre de hacer lo que quiere, o está obligada ineludiblemente a prestar obediencia a algo extrínseco a ella? “¿Vive la voluntad separada de las demás grandes facultades o poderes del alma, siendo un hombre dentro del hombre, que puede oponerse al hombre y actuar contra Él y dividirlo, como una serpiente de cristal se rompe en pedazos?” ¿O, por el contrario, está unida con las demás facultades, como la cola de la serpiente con su cuerpo, y esté a su vez con la cabeza, de modo que donde va ésta va toda la criatura, y cuál es el pensamiento del hombre en su corazón tal es Él? Primeramente, el pensamiento; después el corazón (deseo o aversión); y luego el acto. ¿Es así como el perro

menea el rabo? ¿O es la voluntad, el rabo, la que menea al perro? ¿Es la voluntad lo primero y principal en el hombre, o es lo último, algo que conviene mantener en subordinación, y en el lugar que le corresponde, por debajo de las demás facultades? ¿Es verdadera la filosofía de la acción moral y su proceso según se halla en Génesis 3:6: “Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer” (percepción de los sentidos, inteligencia), “y árbol codiciable” (afectos), “tomó de su fruto” (la voluntad)? (G.S. Bishop). Estas cuestiones son de interés más que académico. Son de importancia práctica. Creemos no ir demasiado lejos al afirmar que, según la respuesta que demos a estas preguntas, demostramos el grado de nuestra pureza doctrinal⁴.

1. La naturaleza de la voluntad humana

¿Qué es la voluntad? Respondemos que la voluntad es la facultad de escoger, la causa inmediata de toda acción. La elección significa necesariamente rehusar una cosa y

⁴ Después de haber escrito lo que precede, hemos leído un artículo del finado J.N. Darby, titulado “El llamado libre albedrío del hombre”, que empieza con estas palabras: “Esta repartición de la doctrina del libre albedrío sirve de apoyo a la de la pretensión del hombre natural de no estar irremediabilmente caído, pues a esto es a lo que tal doctrina tiende. Todos aquellos que jamás han sido profundamente redargüidos de pecado, todas las personas en quienes esta convicción está basada en grandes pecados externos, creen más o menos en el libre albedrío”

aceptar otra. Lo positivo y lo negativo han de estar ambos presentes en el ánimo antes de que pueda haber elección alguna. En todo acto de la voluntad hay una preferencia: el desear una cosa más que otra. Donde no hay una preferencia, sino indiferencia absoluta, no hay volición. Querer es escoger, y escoger es decidir entre varias alternativas. Pero hay algo que influye en la elección, algo que determina la decisión. Por eso la voluntad no puede ser soberana, porque es sierva de ese algo. La voluntad no es causativa, porque, como hemos dicho, hay algo que le hace escoger; por tanto ese algo ha de ser el agente causativo. La propia elección se ve afectada por ciertas consideraciones, determinada por diversas influencias que actúan sobre el individuo mismo. He aquí por qué la volición es efecto de estas consideraciones e influencias, y si es efecto, es preciso que sea siervo de ellas. Por tanto, si la voluntad es sierva de ellas, no es soberana, y si no es soberana, ciertamente no podemos hablar de su “libertad” absoluta. Los actos de la voluntad no pueden acaecer por sí mismos; decir que sí pueden, es postular un efecto sin causa. “Ex nihilo nihil fit”, nada procede de la nada.

Sin embargo, en todas las edades ha habido quienes han sostenido la libertad o soberanía absoluta de la voluntad humana. Los hombres argumentan diciendo que la voluntad posee un poder autodeterminante. Por ejemplo, dicen, puedo mover mis ojos hacia arriba o hacia abajo;

el ánimo es completamente indiferente a que haga una cosa u otra; es la voluntad la que debe decidir. Pero esto es una contracción de términos, pues mientras digo que estoy en un estado de total indiferencia, lo desmiento con mi elección, y es evidente que ambas cosas no pueden ser verdad. Mas puede objetarse a esto que el ánimo era completamente indiferente hasta que llegó a preferir algo. Exacto ¡y hasta aquel momento la voluntad permaneció muda e inactiva! Pero en el instante en que la indiferencia desapareció, hubo una elección, y el hecho de que la indiferencia antecediera a la preferencia refuta el argumento de que la voluntad es capaz de escoger entre dos cosas iguales. Como hemos dicho, escoger implica la aceptación de una alternativa y el rechazamiento de otra u otras.

Lo que determina a la voluntad es lo que hace que ésta escoja. Y si la voluntad es determinada, es preciso que haya un determinante. ¿Qué es, pues, lo que determina a la voluntad? Respondemos que el poder motivador más fuerte que influya en ella, el cual es diferente según los casos. En uno puede ser la lógica de la razón, en otro la voz de la conciencia, en otro el impulso de las emociones, en otro el susurro del tentador, en otro el poder del Espíritu Santo. Aquél de todos ellos que sea el poder motivador más fuerte y que ejerza la mayor influencia sobre el propio individuo, será el que impulse a la voluntad a actuar. Dicho de otro modo, la acción de la voluntad está determinada por aquel estado de ánimo

(influido a su vez por el mundo, la carne, el demonio, como también por Dios), que tiene mayor grado de tendencia a excitar la volición. Para ilustrar lo que acabamos de decir, analicemos un simple ejemplo: Cierta tarde por la noche un amigo nuestro padecía de fuerte dolor de cabeza. Su deseo era visitar a los enfermos, pero tenía que si lo hacía su propia jaqueca empeoraría, y como consecuencia no podría asistir aquella noche a la predicación del Evangelio. Se enfrentaba con dos alternativas: visitar a los enfermos aquella tarde y correr el riesgo de enfermar él, o dedicarse a descansar (dejando a los enfermos para el día siguiente), y levantarse mejorado y bien dispuesto para el culto de la noche. Ahora bien, ¿qué fue lo que decidió a nuestro amigo por una de estas dos alternativas? ¿La voluntad? En absoluto. Cierta es que ella fue la que al fin tomó una determinación, pero no sin ser movida a escoger como lo hizo. En el caso mencionado había ciertas consideraciones que presentaban motivos poderosos en pro de una u otra alternativa. Estos motivos fueron pesados y sopesados por el individuo mismo, es decir, por su corazón y su mente, y contando una de las alternativas con motivos más poderosos que la otra, fue tomada la decisión correspondiente, y entonces la voluntad actuó. Por un lado nuestro amigo, impelido por el sentido del deber, se sentía obligado a visitar a los enfermos; la compasión le movía a hacerlo, y éste era el poderoso motivo que pesaba sobre su ánimo para obrar así. Más por otro

lado, su sentido común y prudencia le recordaban que estaba lejos de encontrarse bien, y que necesitaba un buen descanso; que si visitaba a los enfermos su propio estado empeoraría probablemente, y en tal caso no podría asistir a la predicación del Evangelio aquella noche. Además, sabía que al día siguiente, si el Señor lo permitía, podría visitar a los enfermos; por lo cual, llegó a la conclusión de que debía quedarse a descansar aquella tarde. He aquí, pues, dos grupos de alternativas que se presentaban a nuestro hermano cristiano: por una parte, cierto sentido del deber, más sus propias simpatías; por la otra, el sentido de la propia necesidad, más un auténtico interés por la gloria de Dios, pues creía que aquella noche debía asistir a la predicación del Evangelio. Lo segundo fue lo que prevaleció. Las consideraciones espirituales pesaron más que su sentido del deber. Tomada se decisión, la voluntad actuó en consecuencia, y se retiró a descansar. Un análisis del caso presentado demuestra que la mente o facultad razonadora, que había sido dirigida por consideraciones espirituales, reguló y controló la voluntad. Por eso decimos que, si la voluntad es controlada, no es ni soberana ni libre, sino sierva del Espíritu.

Se enseña a menudo que la voluntad gobierna al hombre, pero la Palabra de Dios declara que el centro dominante de nuestro ser es el corazón. Podrían citarse muchos textos para corroborar esto: “Sobre toda cosa guardada guarda tu corazón; porque de él mana la vida”

(Proverbios 4:23). “Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios”, etc. (Marcos 7:21). ¡Aquí nuestro Señor descubre la fuente de estos actos pecaminosos, y declara que su origen es el “corazón”, y no la voluntad! Asimismo: “Este pueblo de labios me honra; mas su corazón lejos está de mí” (Mateo 15:8). Si se precisaran más pruebas podríamos llamar la atención al hecho de que la palabra “corazón” se halla en la Biblia tres veces por cada vez que aparece la palabra “voluntad”, y además, ¡casi la mitad de las veces que se emplea esta voz, la hallamos referida a la voluntad de Dios!

Cuando afirmamos que es el corazón y no la voluntad lo que gobierna al hombre, no estamos enzarzándonos en una contienda de meras palabras, sino insistiendo en una distinción de vital importancia. He aquí un individuo ante quien se ofrecen dos alternativas; ¿cuál escogerá? Respondemos que la que más le agrade a él, es decir, a su “corazón”: el centro más recóndito de su ser. Ante el pecador se ha colocado una vida de virtud y piedad, y una vida de vicio, entregada al pecado; ¿cuál seguirá? La segunda. ¿Por qué? Porque es la que escoge. Pero, ¿demuestra eso que la voluntad es soberana? En absoluto. Retrocedamos del efecto a la causa. ¿Por qué escoge el pecador una vida de entrega al pecado? Porque la prefiere, y la prefiere a pesar de todos los argumentos adversos; aunque desde luego no disfruta de los efectos

de tal rumbo. ¿Y por qué la prefiere? Porque su corazón es pecaminoso. De igual manera, las mismas alternativas se enfrentan con el cristiano, y sin embargo éste se decide y lucha por una vida de piedad y virtud. ¿Por qué? Porque Dios le ha dado un nuevo corazón o naturaleza. Por lo cual decimos que no es la voluntad la que hace que el pecador sea impenetrable a todos los llamamientos para que “abandone sus caminos”, sino su corazón corrompido y maligno. ¡No quiere venir a Cristo porque no lo desea, y no lo desea porque su corazón le aborrece y ama el pecado! Véase Jeremías 17:9⁵.

⁵ Podrá preguntarse por qué, si está es la verdadera condición del hombre. ¿Acaso no está escrito: “Y el que quiera tome del agua de la vida de balde” (Apocalipsis 22:17)? Admitimos este hecho sin discutir. Tales exhortaciones demuestran que el hombre es responsable de arrepentirse, creer y recibir a Cristo, y todos estos deberes encierran una respuesta de la voluntad; pero, como otros textos demuestran, el que los hombres respondan o no así depende del estado de la naturaleza de que la voluntad es expresión. La voluntad es la causa inmediata de los actos de los hombres, no su causa primaria.

Se supone a menudo que el hombre no puede ser tenido por responsable de su respuesta al Evangelio a menos que sea capaz de escoger a Cristo; de este modo se da generalmente por sentado que “libre albedrío” y responsabilidad humana son sinónimos, y que se puede negar lo uno sin negar lo otro. Apoyándose en esta confusión, se acusa frecuentemente a la fe reformada de no tener debidamente en cuenta la responsabilidad del hombre al que niega su libre albedrío” (Véase otra nota en la pág. 142)

2. La esclavitud de la voluntad humana

En cualquier tratado que se proponga estudiar la voluntad humana, su naturaleza y funciones, debe tenerse en cuenta la voluntad de tres hombres diferentes, a saber, Adam antes de su caída, el pecador, y el Señor Jesucristo. En Adam, antes de caer, la voluntad era libre, libre en ambos sentidos, libre hacia el bien y libre hacia el mal. Pero con respecto al pecador las cosas son muy diferentes. El pecador nace con una voluntad que ni está en estado de equilibrio moral, porque en él hay un corazón “engañoso más que todos las cosas, y perverso”, y esto le hace propenso al mal. También con respecto al Señor Jesús la cosa fue muy distinta: Cristo difería también radicalmente de Adam antes de la caída. El señor Jesucristo no podía pecar porque era “el Santo de Dios”. Antes de nacer El en este mundo, fue dicho a María: “El Espíritu Santo vendrá

El punto de vista bíblico y reformado en cuanto a la responsabilidad del hombre es, de hecho. Mucho más profundo que el popular concepto arminiano. El hombre es responsable, no meramente de su voluntad, sino de toda su naturaleza, y en tanto que esta naturaleza sea lo que el pecado (no Dios) ha hecho de ella, “no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios” (1 Corintios 2:14) y “no quiere venir” a Cristo para tener vida (Juan 5:40). Consecuentemente, si bien es deber de todo hombre recibir a Cristo, es solamente la voluntad de un hombre renovado en su naturaleza por el Espíritu Santo la que responde al Evangelio (N. del E.).

sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra; por lo cual también lo Santo que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35). Hablando con reverencia decimos, pues, que la voluntad del Hijo del Hombre no se hallaba en estado de equilibrio moral, es decir, capaz de volverse hacia el bien o hacia el mal. La voluntad del Señor Jesús era propensa a lo bueno, porque junto a su humanidad sin pecado, santa y perfecta, estaba su eterna Deidad. Ahora bien, en contraposición a la voluntad de Adam, que antes de su caída se encontraba en un estado de equilibrio moral, capaz de volverse hacia el bien o hacia el mal, por tanto, “libre” solamente en un sentido, a saber, hacia al mal. La voluntad del pecador está esclavizada porque, como hemos dicho ya, está en servidumbre bajo un corazón depravado.

¿En qué consiste la libertad del pecador? Esta pregunta viene, naturalmente, sugerida por lo que acabamos de decir antes. El pecador es libre en el sentido de que no es forzado desde fuera⁶. El pecador

⁶ Conviene recordad claramente que la teología reformada, contrariamente a lo que a veces se supone, no niega la “libre actividad” del hombre. La libre actividad o libre agencia es cuestión aparte del “libre albedrío” (en el sentido en que este último término suele usarse), y conviene no confundir las dos cosas. Véase *Systematic Theology*, por Louis Berkhof, pág. 248, y *Systematic Theology*, por Charles Hodge, Vol. II, páginas 260, 261. Hodge escribe lo siguiente: “La doctrina de la incapacidad del hombre no supone que el hombre ha dejado de ser un agente moral libre. Es libre porque él determina sus propios actos. Toda volición es un

nunca es forzado a pecar. Pero el pecador no es libre de escoger entre hacer el bien o el mal, porque el corazón maligno que habita en él lo inclina continuamente al pecado. Ilustremos lo que queremos decir. Tengo un libro en la mano. Lo suelto; ¿qué pasa? Cae. ¿En qué dirección? Hacia abajo; siempre hacia abajo. ¿Por qué? Porque, de acuerdo con la ley de gravedad, su propio peso le hace caer. Supongamos que deseo que el libro ocupe una posición un metro más arriba, ¿qué hago? Tengo que levantarlo. Tal es la relación que tiene el hombre caído para con Dios. Mientras el poder divino lo sustenta, es preservado de sumergirse más profundamente en el pecado; pero si el poder sustentador es retirado, cae; su propio peso (el del pecado) lo precipita hacia abajo. Dios no lo empuja, como tampoco yo empujé el libreo para que cayera. Si se quita todo freno divino, todos los hombres son capaces de convertirse, y se convertirían, en un Caín, un Faraón, un Judas. ¿Cómo podrá ir, pues, el pecador hacia el

acto de libre autodeterminación. Es un agente moral, y cuando quiera que peca actúa libremente contra las convicciones de la conciencia o los preceptos de la ley moral. El que un hombre se halle en tal estado que prefiera y escoja uniformemente el mal en lugar del bien, como hacen los ángeles caídos, no es más incompatible con su libre agencia o libre actividad moral que el hallarse en tal estado que prefiera y escoja el bien con la misma uniformidad con que lo hacen los santos (N. del E.).

cielo? ¿Por un acto de su propia voluntad? Ciertamente no. Un poder externo a él mismo ha de sostenerlo y levantarlo aunque sea pulgada a pulgada. El pecador es libre, pero libre solamente en una dirección: libre para caer, libre para pecar. Como dice la Palabra: “Porque cuando fuisteis siervos del pecado, erais libres acerca de la justicia” (Romanos 6:20). El pecador es libre de hacer siempre lo que quiere (excepto en cuanto es detenido por Dios), pero lo que quiere es pecar.

En la primera parte de este capítulo, insistíamos en que es de importancia práctica tener un concepto adecuado de la naturaleza y función de la voluntad, más aun, constituye una piedra de toque de la ortodoxia teológica o la pureza doctrinal. Deseamos ampliar esta declaración, y trataremos de demostrar su exactitud. La libertad o la esclavitud de la voluntad era la línea divisoria entre el agustinianismo y el pelagianismo, y en tiempos más recientes entre el calvinismo y el arminianismo. Reducido a términos sencillos, esto significa que la diferencia de que se trataba era la afirmación o la negación de la depravación total del hombre. Al hacer esta afirmación consideraremos...

3. La impotencia de la voluntad humana

¿Está dentro de los límites de la voluntad humana aceptar o rechazar al Señor Jesucristo como Salvador?

Se reconoce que el Evangelio es predicado al pecador,

que el Espíritu Santo lo redarguye de su estado de perdición; pero, bien mirado, ¿está en su poder ceder ante Dios? La respuesta que damos a esta pregunta define nuestro concepto de la depravación humana. Todos los que profesan ser cristianos admiten que el hombre es una criatura caída, pero a menudo es difícil determinar lo que entienden por “caída”. La impresión general, al parecer, es que el hombre es ahora mortal, que ya no se halla en la condición en que salió de las manos de su Creador, que es susceptible de enfermedad, que hereda malas tendencias; pero que si emplea sus poderes lo mejor que puede, de una manera u otra será al fin feliz. ¡Oh, cuán lejos está esto de la triste realidad! ¡Las enfermedades, los achaques, aun la muerte corporal, no son sino meras bagatelas comparadas con los efectos morales y espirituales de la caída! Sólo consultando las Escrituras podremos tener cierta noción de la importancia de esta terrible calamidad.

Cuando decimos que el hombre está totalmente depravado, significa que la entrada del pecado en la constitución humana ha afectado todas las partes y facultades del ser. La depravación total significa que el hombre, en espíritu, alma y cuerpo, es esclavo del pecado y cautivo del diablo, y anda “conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora obra en los hijos de desobediencia” (Efesios 2:2). Esta declaración no necesita ser apoyada con argumentos: es un hecho común de la experiencia humana. El hombre no puede

realizar sus propias aspiraciones y materializar sus propios ideales. No puede hacer lo que quisiera. Hay una incapacidad moral que lo paraliza, y esto es prueba positiva de que no es libre, sino, al contrario, esclavo del pecado y de Satanás. “Vosotros de vuestro padre el diablo sois, y los deseos de vuestro padre queréis no cumplir” (Juan 8:44). El pecado es más que un acto o una serie de actos; es un estado o condición: es lo que hay en la raíz de los actos y los produce. El pecado ha penetrado en todo el ser humano y lo ha impregnado totalmente. Ha cegado el entendimiento, corrompido el corazón y alejado de Dios al espíritu. Y la voluntad no ha escapado. La voluntad está bajo el dominio del pecado y de Satanás. Por tanto, la voluntad no está libre. En resumen, los afectos aman lo que aman y la voluntad escoge lo que escoge, debido al estado del corazón y a lo que éste es: engañoso sobre todas las cosas y perverso. “No hay quien busque a Dios” (Romanos 3:11)

Repetimos nuestra pregunta: ¿Está en la voluntad del pecador el poder de rendirse a Dios? Trataremos de responder haciendo otras preguntas: ¿Puede el agua (por sí misma) subir por encima de su propio nivel? ¿Puede lo limpio proceder de lo inmundo? ¿Puede la voluntad invertir toda la tendencia y la fuerza de la naturaleza humana? ¿Puede ser que lo que está dominado por el pecado dé origen a lo puro y santo? Evidentemente, no. Si la voluntad de una criatura caída y depravada ha de ir hacia Dios alguna vez, es preciso que un poder divino

obre sobre ella, vendiendo las influencias del pecado que tienden en dirección contraria. Esto es solamente otra manera de decir “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Juan 6:44). Dicho de otro modo, es preciso que al pueblo de Dios le sea dada la voluntad en el día de Su poder (Salmos 110:3). Como dijo J.N.Darby, “si Cristo vino a salvar lo que se había perdido, el libre albedrío no tiene cabida. No es que Dios impida a los hombres recibir a Cristo –al contrario-; pero aun cuando Dios usa todos los incentivos posibles, todo lo que es capaz de ejercer influencia sobre el corazón del hombre, sólo sirve para demostrar que éste no quiere saber nada de ello; que tan corrompido está su corazón, y tan decidida su voluntad a no someterse a Dios (por más que sea el diablo quien le alienta a pecar), que nada puede inducirlo a recibir al Señor y renunciar al pecado. Si con las palabras ‘libertad del hombre’ quieren decir que nadie lo fuerza a rechazar al Señor, esta libertad existe plenamente. Pero si se dice que a causa del dominio del pecado, del cual es esclavo, y esclavo voluntario, no puede escapar de su estado, y escoger lo bueno, entonces no tiene libertad alguna” (bastardilla nuestra).

La voluntad no es soberana; es una sierva, porque está influida y controlada por las demás facultades del ser humano. La voluntad no es libre, porque el hombre es esclavo del pecado; esto fue indicado claramente en las palabras de nuestro Señor: “Así que, si el Hijo os

libertare, seréis verdaderamente libres” (Juan 8:36). El hombre es un ser racional, y como tal responsable ante Dios; pero afirmar que es capaz de escoger lo espiritualmente bueno; es negar que está totalmente depravado; depravado en la voluntad como en todo lo demás. Debido a que la voluntad del hombre está gobernada por su espíritu, mente y corazón, y debido a que éstos han sido viciados y corrompidos por el pecado, se infiere que si un hombre ha de volverse o ir en dirección a Dios, es Dios mismo quien ha de obrar necesariamente en él “así el querer como el hacer, por Su buena voluntad” (Filipenses 2:13). La cacareada libertad del hombre es en verdad “servidumbre de corrupción”, “sirve a concupiscencias y deleites diversos”. Como decía un siervo de Dios que había recibido profundas enseñanzas: “El hombre es impotente en cuando a su voluntad. No tiene la menor voluntad favorable a Dios. Creo en el libre albedrío como voluntad libre solamente para actuar conforme a su naturaleza (bastardilla nuestra). La paloma no quiere comer carroña, como el cuervo no quiere comer el alimento limpio de la paloma. Pero poned en el cuervo la naturaleza de la paloma, y lo veréis comer el alimento de aquélla. Satanás era incapaz de querer la santidad, como Dios, y lo decimos con reverencia, era incapaz de querer el mal. El pecador, en su naturaleza pecaminosa, no podría jamás tener una voluntad conforme a Dios. Para ello sería preciso que naciera otra vez” (J. Denham Smith). Esto es precisamente lo que hemos sostenido a

lo largo de todo capítulo: la voluntad está regulada por la naturaleza.

Entre los “decretos” del Concilio de Trento (1563), que es la norma reconocida del papismo, hallamos lo siguiente (en los cánones sobre la Justificación):

“Si alguien dijere que excitada y movida por Dios, la voluntad humana no coopera dando su asentimiento a Dios, que le excita y llama a prepararse a obtener la gracia santificante, y que no puede disentir si quiere, sino que es inactiva, y meramente pasiva, sea anatema” (Canon IV). La traducción empleada corresponde a una traducción editada en España.

“Si alguien dijere que desde la caída de Adam el libre albedrío se ha perdido y extinguido; o que es cosa nominal, ficción introducida por Satanás en la Iglesia, sea anatema” (Canon V).

¡O sea, que los que hoy insisten en el libre albedrío del hombre natural creen precisamente lo que Roma enseña en particular!

Para que un pecador sea salvo fueron indispensables tres cosas: Dios Padre tuvo que proponerse su salvación, Dios Hijo tuvo que comprarla, y Dios Espíritu Santo tiene que aplicarla. Dios hace más que “formularnos una proposición”. Si solamente “invitara”, todos nosotros nos perderíamos. Esto se ilustra de modo contundente en el

Antiguo Testamento. En Esdras 1:1-3 leemos: “Y en el primer año de Ciro, rey de Persia, para que se cumpliera la palabra de Jehová por boca de Jeremías, excitó Jehová el espíritu de Ciro rey de Persia, el cual hizo pasar pregón por todo su reino, y también por escrito, diciendo: Así ha dicho Ciro rey de Persia: Jehová Dios de los cielos me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén, que está en Judá. ¿Quién hay entre vosotros de todo su pueblo? Sea Dios con él, y suba a Jerusalén, que está en Judá, y edifique la casa a Jehová Dios de Israel”. En este caso hubo una “proposición”, hecha a un pueblo en cautividad, ofreciéndoles la oportunidad de partir y regresar a Jerusalén, lugar morada de Dios. ¿Respondió todo Israel fervorosamente a esta ofrenda? ¡No, por cierto! La inmensa mayoría se contentó con permanecer en tierra enemiga. ¡Sólo un “residuo” aprovechó esta proposición de misericordia! ¿Y por qué? ¡Oigamos la respuesta de la Escritura! “Entonces se levantaron las cabezas de las familias de Judá y de Benjamín, y los sacerdotes levitas, todos aquellos cuyo espíritu despertó Dios para subir a edificar la casa de Jehová, la cual está en Jerusalén” (Esdras 1:5). De igual manera, Dios “despierta” los espíritus de sus escogidos cuando les llega el llamamiento eficaz, pero hasta entonces no tiene la menor voluntad de responder a las proclamaciones divinas.

La obra superficial de muchos de los evangelistas profesionales de los últimos cincuenta años es en gran

parte responsable de las creencias erróneas que hoy circulan sobre la servidumbre del hombre natural, fomentadas por la pereza de lo que en los bancos no “lo examinan todo” (1 Tesalonicenses 5:21). El púlpito evangélico típico de hoy produce la impresión de que está enteramente en poder del pecador el ser salvo o no serlo. Se dice que “Dios ha hecho Su parte, y que ahora al hombre le toca hacer la suya”. Pero ¿qué puede hacer un ser sin vida, y por naturaleza “muerto en delitos y pecados”? (Efesios 2:1). Si se creyera realmente la verdad, habría un mayor sentido de dependencia del Espíritu Santo, en Su descender con poder milagrosos sobre las almas, y menos confianza en nuestras tentativas por “ganar a los hombres para Cristo”.

Al dirigirse a los perdidos, los predicadores suelen trazar una analogía entre Dios, enviando el Evangelio al pecador, y un hombre enfermo en cama, con la medicina sanadora en la mesita de noche: todo cuanto debe hacer es extender la mano y tomarla. Más para que esta ilustración fuese en algún sentido paralela, y correspondiera al cuadro que la Escritura nos presenta del pecado caído y depravado, sería preciso describir al enfermo en cama como ciego (Efesios 4:18), de modo que no puede ver la medicina; con la mano paralizada (Romanos 5:6), de modo que no puede alcanzarla; y con el corazón no solamente desprovisto de toda confianza en la medicina, sino lleno de odio contra el propio médico (Juan 15:18). ¡Oh, qué creencias tan

superficiales se tienen hoy día sobre la desesperada situación del hombre! Cristo no vino a este mundo para ayudar a los que se bastan por sí solos, sino a hacer por Su pueblo lo que éste no podía hacer por sí mismos: “Para que abras ojos de ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a lo que están de asiento en tinieblas” (Isaías 42:7).

Ahora, como conclusión, anticipémonos y respondamos a la objeción acostumbrada e inevitable: ¿Por qué predicar el Evangelio si el hombre es impotente para responder al mismo? ¿Por qué exhortar al pecador a que venga a Cristo si el pecado lo ha esclavizado de tal manera que no tiene poder alguno en sí para venir? Nuestra réplica es: no predicamos el Evangelio porque creamos que el hombre tiene “libre albedrío” y por tanto es capaz de recibir a Cristo, sino que lo predicamos porque se nos ha mandado hacerlo⁷ (Marcos 16:15); y aunque a los que se pierden es locura, “a los que se salvan, es a saber, a nosotros, es potencia de Dios” (1 Corintios 1:18). “Lo loco de Dios es más sabio que los hombres, y lo flaco de Dios es más fuerte que los hombres” (1 Corintios 1:25). El pecador está muerto en delitos y pecados (Efesios 2:1), y un cadáver es

⁷ Véase *Historical Theology*, William Cunningham, Vol. II, Págs. 347-8: “El hecho de que unos hombres ofrezcan el perdón y la salvación a sus semejantes, tiene como única base o justificación la autoridad y el mandamiento de Dios en su palabra. (Nota del Editor).”

absolutamente incapaz de querer nada; por lo cual “los que están en la carne” (los no regenerados) no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:8)

A la sabiduría carnal le parece el colmo de la locura predicar el Evangelio a los que están muertos y son totalmente incapaces de hacer algo por sí mismos. Sí, lógicamente así es, pero los caminos de Dios son diferentes de los nuestros. Ha agradado a Dios “salvar a los creyentes por la locura de la predicación (1 Corintios 1:21). El hombre quizá considere una locura profetizar a los “huesos secos” y decirles: “Huesos secos, oíd palabra de Jehová” (Ezequiel 37:4). ¡Ah!, pero es que es la Palabra de Señor, y las palabras que El habla “son espíritu, y son vida” (Juan 6:63). Los sabios y prudentes habrían dicho junto a la tumba de Lázaro que era señal de demencia al que el Señor se dirigiese a un hombre muerto con las palabras: “Lázaro ven fuera”. ¡Ah!, ¡pero el que así hablaba era y es la Resurrección y la Vida Misma, y a Su palabra aun los muertos viven!

Por tanto, salimos a predicar el Evangelio, no porque creamos que los pecadores tienen en sí el poder de recibir al Salvador que se anuncia, sino porque el propio Evangelio es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree, y porque sabemos que “todos los que estaban ordenados para vida eterna” (Hechos 13:48) creerán (Juan 6:37; 10:16) en el momento que Dios ha designado, pues está escrito: “Tu pueblo serálo de buena

voluntad en el día de tu poder” (Salmo 110:3).

Lo que hemos presentado en este capítulo no es producto del “pensamiento moderno”, ni mucho menos, sino que está en manifiesta oposición a él. De unas cuantas generaciones acá, los hombres se han apartado mucho de las enseñanzas de los antepasados, enseñanzas que se apoyaban en las Escrituras. En los treinta y nueve Artículos de la Iglesia Anglicana leemos: “La condición del hombre, después de la caída de Adam, es tal que no puede volverse ni prepararse a la fe y a invocar a Dios por sus propias fuerzas naturales y buenas obras: por lo cual, no tenemos poder alguno para hacer buenas obras agradables y aceptas a Dios, si antes Su gracia no ha estado en nosotros capacitándonos para tener buena voluntad, y obrado en nosotros, una vez que tenemos esa buena voluntad” (Art. 10). En el Catecismo Mayor de Westminster (que solía ser reconocido por todas las iglesias presbiterianas) leemos: “La pecaminosidad del estado en que el hombre cayó consiste en la culpabilidad del primer pecado de Adam, la falta de aquella justicia en que fue creado, y la corrupción de su naturaleza, lo cual lo indispose, lo incapacita y lo opone absolutamente para todo lo que es espiritualmente bueno, y lo inclina enteramente a todo mal, y esto continuamente” (respuesta a la pregunta 25). Lo mismo en la Confesión Bautista de Fe de Filadelfia (1742), donde leemos: “El hombre, por su caída en estado de pecado, ha perdido por completo todo poder de

la voluntad para cualquiera de los bienes espirituales que acompañan a la salvación, por tanto, como hombre natural, siendo totalmente contrario al bien, y muerto en pecados, no puede por sus propias fuerzas convertirse o prepararse para ello” (Capítulo 9).

Nota sobre la Responsabilidad

La suposición de que la responsabilidad implica capacidad es un argumento filosófico, y no bíblico. Sin embargo, fue popularizado en el pasado siglo por evangelistas como C.G. Finney, y ha llegado a ser casi universalmente aceptado. Repasando la posición de Finney, escribía Charles Hodge lo siguiente:

“Para él es ‘verdad primordial’ que el libre albedrío es indispensable para que haya obligación moral, y que nadie está obligado a hacer lo que no puede”.

“La falacia de que se hace culpable es del todo evidente. Traslada una máxima que en un terreno es axioma, a otro en que no tiene validez legítima alguna. Es verdad primordial que un hombre sin ojos no puede tener la obligación de ver, ni un hombre sin oídos la de ir. Por tanto, dentro de la esfera de las imposibilidades físicas, la máxima de que la obligación está limitada por la capacidad es indudablemente verdadera. Pero no es menos evidentemente cierto que una incapacidad que tiene su origen en el pecado que consiste en lo pecaminoso, y que tiene relación con la acción moral, es perfectamente compatible con la obligación perpetua. Uno de los hechos más familiares del conocimiento consciente es que el sentimiento de obligación es compatible con la convicción de incapacidad absoluta. ‘Debo, luego puedo’, es un aforismo filosófico al cual todo corazón trabajado por la experiencia del pecado replica. ‘Debiera poder, pero no puedo’. Tal es el testimonio de la conciencia, y tal es la evidente doctrina de la Biblia.

“...El principio radical del sistema de Pelagio, dice Neander, era que daba por supuesto que la libertad moral consiste en la capacidad de escoger entre el bien u el mal” Charles Hogde, *Essay and Reviews*, págs. 252, 261.

TALLER LECCIÓN 4.

1. Verdadero y Falso (Argumente su elección).

a. Decir que el hombre es libre en su voluntad es negar la soberanía de Dios.

b. Cualquier persona puede decidir aceptar a Cristo como Señor.

c. El cristiano coopera con el Espíritu Santo en su nuevo nacimiento.

d. La contaminación del hombre por el pecado es total.

e. La voluntad del hombre es autónoma en todos sus deseos.

2. Selección Múltiple.

a. Según las Escrituras y este texto, ¿Cuál es el centro dominante de todo ser humano?

- i. El alma.
- ii. El conciencia.
- iii. El corazón.
- iv. La Boca.
- v. La inteligencia.

b. ¿Cuál es la mejor ilustración para los deseos de un hombre natural (no regenerado)?

- i. Una hoja que es llevada por el viento.
- ii. Un árbol que crece.
- iii. Una piedra que al soltarla siempre cae hacia abajo por su propio peso.
- iv. Como la semilla que es sembrada junto al camino
- v. Como un fariseo hipócrita.

c. ¿Cuál de estas facultades está libre de la contaminación del pecado?

- i. La inteligencia.
- ii. La voluntad.
- iii. Las emociones.
- iv. Los sentidos.
- v. Ninguna de las anteriores.

3. Desarrollo.

a. ¿Qué es la voluntad?

Clase 5: Nuestra Actitud hacia la Soberanía de Dios.

“Sí, Padre, porque así te agradó”. (Mateo 11.26).

Lectura Previa.

Nuestra Actitud hacia la Soberanía de Dios.

En el presente capítulo consideramos, aunque con cierta brevedad, la aplicación práctica que debemos hacer de la gran verdad que hemos ponderado, en sus diversos aspectos, en páginas anteriores. En el capítulo siguiente trataremos con más detalles del valor de esta doctrina, pero aquí quisiéramos limitarnos a una definición de lo que conviene sea nuestra actitud hacia la soberanía de Dios.

Toda verdad revelada para nosotros en la Palabra de Dios, está allí, no solamente para información nuestra, sino también para sernos inspiración. La Biblia nos ha sido dada, no para satisfacer una curiosidad ociosa, sino para edificar nuestras almas. La soberanía de Dios es más que un principio abstracto que explica el aspecto nacional del gobierno divino: ha sido designada para

fomentar el temor de Dios, nos es dada a conocer para estimularnos a vivir piamente, nos ha sido revelada para traer a sujeción nuestros rebeldes corazones. Un reconocimiento auténtico de la soberanía de Dios humilla como sólo esto puede humillar, y somete el corazón humildemente ante Dios, haciendo que renunciemos a la voluntad de nuestro yo y que nos deleitemos en percibir y ejecutar la voluntad divina.

Cuando hablamos de la soberanía de Dios queremos decir muchísimo más que el poder gubernamental de Dios puesto en práctica, aunque, desde luego, esto está incluido en dicha expresión. Como hemos notado en uno de los capítulos anteriores, la soberanía de Dios es la misma esencia de su divinidad. En su sentido más pleno y profundo, el título de este libro significa el carácter y ser de Aquel cuya voluntad se lleva a cabo y cuyo propósito se cumple. Por tanto, reconocer en verdad la soberanía de Dios es contemplar al propio Soberano Es venir a presencia de la angustia “Majestad en las alturas”. Es tener una visión del Dios tres veces santo en su excelente gloria. Los efectos de tal visión pueden aprenderse en los textos bíblicos que describen la experiencia de quienes han alcanzado una visión de Jehová Dios.

Notemos la experiencia de Job, aquel de quien el propio Señor dijo: “No hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios, y apartado de mal”

(Job 1:18). Al final del libro que lleva su nombre, se nos muestra a Job en presencia de Dios; ¿y cómo se comporta cuando es llevado ante Jehová? Oigamos lo que dice: “De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en el polvo y en la ceniza” (Job 42:5,6). Así pues la visión, la visión de Dios, Dios revelado en terrible majestad, hizo que Job se aborreciera a sí mismo, y no solamente esto, sino también que se humillara ante el Omnipotente.

Obsérvese a Isaías. En el capítulo seis de su profecía se nos ofrece una escena pocas veces igualada aun en la Escritura. El profeta contempla al Señor en Su trono, un trono “alto y sublime”. Encima de este trono están serafines con rostros cubiertos, dando voces diciendo: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos” ¿Cuál es el efecto de esta visión en el profeta? Leemos: “Entonces dije: ¡Ay de mí! Que soy muerto; que siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Isaías 6:5). La visión del Rey divino humilló a Isaías hasta el polvo, llevándole, en efecto, a darse cuenta de su propia nulidad.

Prosigamos. Veamos al profeta Daniel. Cerca del final de su vida, este hombre de Dios contempló al Señor en una teofanía. Jehová se apareció a su siervo en forma humana, “vestido de lienzos” y “ceñidos sus lomos” de oro fino, símbolo de santidad y gloria divina. Leemos que

“su cuerpo era como piedra de Tarsis, y su rostro parecía un relámpago, y sus ojos como antorchas de fuego, y sus brazos y sus pies como de color de metal resplandeciente, y la voz de sus palabras como la voz de ejército”. Daniel cuenta entonces el efecto que esta visión tuvo sobre él y los que con él estaban: “Y solo yo, Daniel, vi aquella visión, y no la vieron los hombres que estaban conmigo; sino que cayó sobre ellos un gran temor, y huyeron, y escondiéronse. Quedé, pues, yo solo, y vi esta gran visión, y no quedo en mí esfuerzo; ante mi fuerza se me trocó en desmayo, sin retener vigor alguno. Empero oí la voz de sus palabras: Y oyendo la voz de sus palabras, estaba yo adormecido sobre mi rostro, y mi rostro en tierra”. (Daniel 10 6-9). Por tanto, se nos muestra una vez más que la visión del Dios soberano hace que el esfuerzo de la criatura se marchite, y los resultados son que el hombre es humillado hasta el polvo ante su Hacedor. ¿Cuál, pues, ha de ser nuestra actitud para con el Soberano Supremo? Nuestra respuesta es: la de un

1.- SANTO TEMOR.

¿Por qué las masas están hoy tan absolutamente despreocupadas de las cosas espirituales y eternas, amando los placeres más que a Dios? ¿Por qué aun en los campos de batalla las multitudes son tan indiferentes al bienestar de sus almas? ¿Por qué el desprecio hacia el cielo se está haciendo cada vez más

descarado, vocinglero y osado? Porque “no hay temor de Dios delante de sus ojos” (Romanos 3:18). Asimismo, ¿por qué de un tiempo a esta parte la autoridad de las Escrituras está siendo tan tristemente despreciada? ¿Por qué aun entre los que profesan ser pueblo de Dios hay tan poca sujeción a su Palabra, y sus preceptos son tan poco apreciados y tan fácilmente arrinconados? ¡Ah! Lo que hoy hace falta es recalcar con todo vigor que Dios es un Dios que debe ser temido.

“El principio de la sabiduría es el temor de Jehová” (Proverbios 1:7). Feliz el alma que ha sido atemorizada por una visión de la majestad de Dios, que ha tenido una percepción de la pavorosa grandeza de Dios, de Su inefable santidad, de Su perfecta justicia, de Su poder irresistible, de Su gracia soberana. Quizá diga alguno: “¿Pero no son únicamente los no salvos, los que están fuera de Cristo, los que tienen que temer a Dios?” Quien así hable sepa que los que son salvos, los que están en Cristo, son exhortados a ocuparse en su salvación con “temor y temblor”. Hubo un tiempo en que era costumbre general hablar del creyente como de un “hombre temeroso de Dios”; y el hecho de que semejante apelativo se haya casi extinguido sirve para demostrar hasta donde hemos ido a parar. ¡No obstante, sigue estando escrito: “Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen!” (Salmos 103:13).

Cuando hablamos de santo temor, desde luego, no queremos decir temor servil, como el que predomina entre los paganos ante sus dioses. No; nos referimos a aquel espíritu que Jehová ha prometido bendecir, aquel espíritu al que el profeta se refería cuando dijo: “A aquél miraré que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra” (Isaías 66:2). Esto era lo que el apóstol tenía por objeto cuando escribió: “Honrad a todos. Amad la fraternalidad. Temed a Dios. Honrad al rey” (I Pedro 2:17). Y nada fomentará tanto este santo temor como el reconocimiento de la majestad soberana de Dios.

¿Cuál ha de ser nuestra actitud hacia la soberanía de Dios? De nuevo respondemos: La de una

2.- OBEDIENCIA IMPLÍCITA.

La visión de Dios nos lleva a darnos cuenta de nuestra pequeñez y nulidad, acaba mostrándonos nuestra dependencia de Él, y hace que nos pongamos en sus manos. O también: La visión de la Majestad estimula el espíritu de un santo temor y éste, a su vez, engendra un andar en la obediencia. He aquí, pues, el antídoto divino para el mal innato de nuestros corazones. Naturalmente, el hombre está lleno de su propia importancia, de su grandeza y autosuficiencia; o lo que es lo mismo, de orgullo y rebeldía. Pero según hemos visto, el gran remedio consiste en contemplar al Dios Poderoso; sólo esto lo humillará realmente. El hombre vive para

servirse y agradarse a sí mismo o procura servir y agradar al Señor. Ninguno puede servir a dos señores.

La irreverencia engendra desobediencia. Dijo el altivo monarca de Egipto: “¿Quién es Jehová para que yo oiga su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel” (Éxodo 5:2). Para Faraón, el Dios de los hebreos era tan solo un dios, uno de tantos, un ser impotente a quien no había por qué temer ni servir. Hasta qué punto estaba equivocado, y cuán cara tuvo que pagar su equivocación, ¡pronto lo descubrió! Pero lo que aquí tratamos de subrayar es que el espíritu despectivo de Faraón era fruto de su irreverencia, y ésta, a su vez, ¡consecuencia de su ignorancia acerca de la majestad y la autoridad del Ser Divino!

Ahora bien, si la irreverencia engendra desobediencia, la verdadera reverencia producirá y fomentará la obediencia. Darse cuenta de que la Sagrada Escritura es la revelación del Altísimo, en la que nos habla de Su mente y nos define Su voluntad, es el primer paso hacia la piedad práctica. Reconocer que la Biblia es la Palabra de Dios, y que preceptos son los preceptos del Omnipotente, nos llevara a ver cuán terrible cosa es despreciarlos e ignorarlos. Recibir la Biblia como mensaje dirigido a nuestras almas, dado por el propio Creador, hará que clamemos como el salmista: “Inclina mi corazón a tus testimonios.... Ordena mis pasos con tu palabra” (Salmos 119:36,133). Una vez comprendida

y asimilada la soberanía del Autor de la Palabra, ya no habrá lugar a rebuscar y escoger en ella solamente aquellos preceptos y estatutos que cuentan con nuestra aprobación, sino que se tendrá plena conciencia de que la actitud que corresponde a la criatura es la de una sumisión sin reservas y de todo corazón.

¿Cuál ha de ser nuestra actitud para con la soberanía de Dios? Sigamos respondiendo: La de una

3.- ENTERA RESIGNACIÓN.

El verdadero acatamiento de la soberanía de Dios excluirá toda murmuración. Esto, aunque evidente por sí mismo, es un pensamiento que merece una detenida reflexión. Es cosa natural murmurar contra pérdida y aflicciones. Es cosa natural quejarse cuando nos vemos privados de aquellas cosas en las que habíamos puesto nuestros corazones. Somos propensos a considerar nuestras posesiones como incondicionalmente nuestras. Pensamos que cuando hemos desarrollado nuestros planes con prudencia y diligencia, tenemos derecho al éxito; que cuando a fuerza de trabajo duro hemos acumulado “competencia”, merecemos conservarla y disfrutar de ella; que cuando estamos rodeados de una familia venturosa, ningún poder puede penetrar legítimamente en el círculo encantado y herir a un ser que amamos; y si en cualquiera de estos casos llega a producirse un disgusto, la bancarrota o una muerte, el instinto pervertido del corazón humano lo lleva a clamar

contra Dios. ¡Ah!, pero en aquel que, por la gracia, ha reconocido la soberanía de Dios, esta murmuración es acallada, y en su lugar el corazón se inclina ante la voluntad divina, reconociendo que Él no nos ha afligido tanto como merecemos.

La verdadera aceptación de la soberanía de Dios confiesa que Él tiene perfecto derecho a hacer de nosotros lo que quiera. Aquel que se inclina ante la voluntad del Omnipotente, reconoce Su derecho absoluto a hacer con nosotros según crea adecuado. Si quiere enviar pobreza, enfermedad, aflicciones familiares, aun cuando el corazón esté sangrando por todos sus poros, dice: El juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo? A menudo hay lucha, pues la mente carnal permanece en el creyente hasta el fin de su peregrinaje terreno; pero aunque en su pecho se agite la tormenta, para quien realmente se ha entregado a esta bendita verdad, sonará al instante aquella voz que, como antiguamente dijera al turbulento Genezaret, volverá a decir: “Calla, enmudece”. Y la tormenta se calmará, y el alma sometida levantará con confianza sus ojos llenos de lágrimas al cielo, y dirá: “Hágase tu voluntad”.

Una sorprendente ilustración del alma inclinándose ante la voluntad soberana de Dios es la que nos ofrece la historia de Elí el sumo sacerdote de Israel. En I Samuel 3 se nos enseña cómo Dios reveló al niño Samuel su intención de matar a los dos hijos de Elí a causa de su

impiedad, mensaje que Samuel comunicó al anciano sacerdote al otro día por la mañana. Es difícil concebir una noticia más espantosa para el corazón de un piadoso padre. El anuncio de que su hijo va a ser herido de muerte repentina, sean cuales fueren las circunstancias, es una gran prueba para cualquier padre; pero enterarse de que sus dos hijos (en la flor de la vida, pero sin la menor preparación para la muerte) habían de ser cortados por juicio divino, tuvo que haber sido verdaderamente abrumador. Más, ¿cómo reaccionó Elí cuando se enteró por Samuel de tan trágicas nuevas? ¿Qué respondió cuando supo la terrible noticia? “Entonces Él dijo: Jehová es; haga lo que bien le pareciere” (I Samuel 3:18). No salió de él otra palabra. ¡Maravillosa sumisión! ¡Sublime resignación! Precioso ejemplo del poder de la gracia divina para controlar los afectos más intensos del corazón humano y para subyugar la voluntad rebelde, poniendo en ella una sumisión resignada a los decretos soberanos de Jehová.

Otro ejemplo igualmente extraordinario lo tenemos en la vida de Job. Como es bien sabido, Job era temeroso de Dios y apartado del mal. Si jamás hubo alguien que pudiera razonablemente esperar que la providencia divina le sonriera (hablamos humanamente) este era Job. Pero, ¿Cómo le fue? Por un tiempo las cuerdas le cayeron en lugares deleitosos. El Señor lleno su aljaba dándole siete hijos y tres hijas. Le prospero en los asuntos terrenos hasta convertirlo en un rico

hacendado. Mas de repente, el sol de la vida se escondió tras oscuras nubes. En un solo día Job perdió, no solo sus rebaños y manadas, sino también sus hijos e hijas. Le llegó la noticia de que los ladrones se habían llevado su ganado, y que sus hijos habían sido muertos por un ciclón. ¿Y cómo la recibió? Oíd sus sublimes palabras: “Jehová dio, y Jehová quitó”. Se inclinó ante la voluntad soberana de Jehová. Atribuyo estas aflicciones a su primera causa. Miro más allá de los que habían robado el ganado, y más allá de los vientos que habían destruido a sus hijos, y vio la mano de Dios. Pero no solamente reconoció Job la soberanía de Dios, sino que además se gozó en ello. A las palabras “Jehová dio, y Jehová quitó”, añadió: “Sea el nombre de Jehová bendito” (Job 1:21). Nuevamente decimos: ¡Cuán grata sumisión! ¡Cuán sublime resignación!

La verdadera aceptación de la soberanía de Dios hace que suspendamos temporalmente todos nuestros planes en espera de conocer su voluntad. El autor recuerda muy bien un incidente que tuvo lugar en Inglaterra a principios del presente siglo. La reina Victoria había muerto, y la fecha de la coronación de su hijo mayor, Eduardo, había sido fijada para el mes de Abril de 1902. En las participaciones que se enviaron, se habían omitido dos pequeñas letras, D.V., Deo volente Dios mediante. Todo fue planeado y dispuesto para las imponentes ceremonias propias de tan importante ocasión. Reyes y emperadores de todo el mundo habían

recibido invitación para asistir a la ceremonia real. Las invitaciones fueron impresas y exhibidas, pero, que el autor sepa, las letras D.V. no aparecían en ninguna. Se habían preparado un programa de lo más impresionante. El hijo mayor de la reina fallecida había de ser coronado como Eduardo VII en la abadía de Westminster a cierta hora de un día prefijado. Entonces intervino Dios, y todos los planes del hombre quedaron frustrados. ¡Se oyó un silbo apacible y delicado que decía: “habéis hecho vuestras cuentas sin Mí”, y el príncipe Eduardo cayó enfermo de apendicitis aplazándose su coronación durante meses!

Como se ha observado, la verdadera aceptación de la soberanía de Dios hace que suspendamos nuestros planes a la voluntad de Dios. Hace que reconozcamos que el Divino Alfarero tiene poder absoluto sobre el barro y lo moldea conforme a su propia voluntad imperial. Hace que atendamos a la admonición (hoy, es de lamentar, tan generalmente desatendida) que dice “E a ahora, los que decís: Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y compraremos mercadería, y ganaremos; y no sabéis lo que será mañana. Porque ¿Qué es vuestra vida? Ciertamente es un vapor que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece. En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quisiere, y si viviéremos, haremos esto o aquello” (Santiago 4:13-15). Sí, es ante la voluntad del Señor que debemos inclinarnos. Es El quien ha de decir dónde debo vivir: si

en este lugar o aquél (Hechos 17:26). Es El quien debe determinar en qué circunstancias he de vivir: si en medio de la riqueza o de la pobreza, en salud o en enfermedad. Es El quien ha de decir cuánto tiempo debo vivir: si he de ser cortado en la juventud como la flor de los campos, o si debo continuar por setenta años. Aprender esta lección de veras, es, por la gracia, entrar en una clase elevada de la escuela de Dios; y aun cuando creemos haberla aprendido, descubrimos una y otra vez que hemos de volver a aprenderla.

Preguntémonos nuevamente: ¿Cuál ha de ser nuestra actitud respecto a la soberanía de Dios? Respondemos: la de

4.- PROFUNDO AGRADECIMIENTO Y GOZO.

Cuando el corazón capta está muy bienaventurada verdad de la soberanía de Dios, se produce, no una hosca rendición a lo inevitable, sino algo muy diferente. La filosofía de este mundo agonizante no sabe cosa mejor que “de lo perdido sacar lo que se pueda”. Pero en el caso del cristiano debe ser muy diferente. El reconocimiento de la supremacía de Dios, no solo debe engendrar en nosotros temor santo, obediencia implícita, y completa resignación, sino que debe hacer que digamos con el salmista: “Bendice, alma mía, a Jehová; y bendigan todas mis entrañas su santo nombre”. ¿No dice el apóstol: “Dando gracias siempre de todo al Dios y padre en el nombre de nuestro Señor Jesucristo”?

(Efesios 5:20). ¡Ah, en este punto es precisamente donde muy a menudo se pone a prueba el estado de nuestras almas! ¡Lástima que seamos tan obstinados! Cuando las cosas van según nuestros deseos, parece que estamos muy agradecidos a Dios; pero ¿Qué diremos de aquellas ocasiones en que las cosas son adversas y desbaratan nuestros planes?

Damos por supuesto que cuando el verdadero cristiano efectúa un viaje en tren, al llegar a su destino da gracias a Dios con devoción; lo cual, desde luego, equivale a decir que Él lo controla todo; de lo contrario deberíamos dar gracias al maquinista, al carbonero, a los encargados de las señales, etc. O si se trata de negocios, al terminar una buena semana se expresa gratitud al Dador de todo bien (terreno) y de todo don perfecto (espiritual); lo cual también testifica que Él es quien dirige todos los clientes a nuestra tienda. Hasta aquí, todo va bien. Tales ejemplos no son causa de dificultades. Pero imaginemos lo contrario. Supongamos que mi tren se ha retrasado cuatro horas; ¡supongamos que otro tren ha chocado con él y yo resulto herido! O supongamos que he tenido una semana muy desfavorable en mis negocios, o que un rayo cayó sobre mi tienda provocando un incendio, o que los ladrones penetraron en ella y la saquearon; ¿Qué entonces?; ¿veo la mano de Dios en estas cosas?

Tómese una vez más el caso de Job. Cuando

experimento perdida, ¿Qué es lo que hizo? ¿Lamentarse de su “mala suerte”? ¿Maldecir a los ladrones? ¿Murmurar contra Dios? No; se inclinó ante Él y lo adoró. ¡Ah, querido lector, no habrá verdadero descanso para tu pobre corazón hasta que aprendas a ver la mano de Dios en todo! Empero para esto es precisa que la fe sea practicada constantemente. ¿Y que es la fe? ¿Una ciega credulidad? ¿Una resignación fatalista? No, lejos de esto. La fe descansa en la palabra segura del Dios vivo, y por tanto dice: “sabemos que a los que a Dios aman, todas las cosas les ayudan a bien, es a saber, a los que conforme a los propósitos son llamados” (Romanos 8:28); en consecuencia, la fe da gracias “siempre de todo”. La fe que obra “se goza en el Señor siempre” (Filipenses 4:4).

Pasamos ahora a anotar como el Señor Jesucristo ejemplificó maravillosa y perfectamente este reconocimiento de la soberanía de Dios expresado en el temor de Dios, la obediencia implícita, la resignación completa, Y el agradecimiento y gozo profundo. En todas las cosas el Señor Jesús nos ha dejado ejemplo para que sigamos sus pasos. Pero ¿Es esto cierto en cuanto al primero de los puntos que se han mencionado? ¿Acaso las palabras “temor de Dios” han estado alguna vez relacionadas con su nombre sin par? Teniendo en cuenta “temor de Dios” no significa terror servil, sino más bien sujeción y reverencia filiales, y recordando también que “el principio de la sabiduría es el temor de

Jehová”, ¿no sería bastante extraño si no se hiciera mención alguna del “temor de Dios” con respecto a Aquel que era la sabiduría hecha carne? ¡Que palabra tan maravillosa y preciosa es la de Hebreos 5:7! “Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y suplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente...”.⁸ ¿Qué fue sino “temor reverente”, sujeción filial a Dios y reverencia hacia Él, lo que vemos manifiesto cuando leemos: “y vino a Nazaret, donde había sido criado; y entro conforme a su costumbre el día del sábado en la sinagoga”? (Lucas 4:16). ¿No fue, acaso, “temor reverente” lo que hizo que el hijo de Dios, al ser tentado por satanás a adorarle postrado, dijera: “escrito está: Al Señor tu Dios adoraras, y al Él solo servirás”? ¿No fue este “temor de Dios” lo que le movió decir al leproso limpiado: “ve, muéstrate al sacerdote y ofrece el presente que mando Moisés”? (Mateo 8:4). Mas ¿porque multiplicar las ilustraciones?⁹.

¡Cuán perfecta la obediencia que el Señor Jesús rindió a Dios padre! Y al reflexionar en esto no perdamos de vista aquella gracia maravillosa que hizo que Él, quiera

⁸ Versión Revisada de 1960.

⁹ Obsérvese que la profecía del antiguo testamento declaró también que reposaría sobre Él “el espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová” (Isaías 11:1-2).

precisamente en forma de Dios, se humillara hasta tomar forma de siervo, siendo así puesto en un lugar adecuado para la obediencia. Como siervo perfecto obedeció por completo a su padre. Hasta qué punto esa obediencia fue absoluta y perfecta, podemos aprenderlo en las palabras “hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:8). El hecho de que fue una obediencia consiente e inteligente lo vemos patente en su propio lenguaje: “por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, mas yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi padre” (Juan 10:17-18). ¿Y qué diremos de la absoluta resignación del hijo a la voluntad del padre, sino que entre Ellos hubo una entera unidad y acuerdo? Dijo Él: “Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, mas la voluntad del que me envió” (Juan 6:38). Todos los que han seguido atentamente, según esta trazado en las escrituras, saben cuan plenamente demostró esta afirmación ¡Miradlo en Getsemaní! La “copa” amarga en la mano del padre le es presentada. Observad su actitud. Aprended de Aquel que era manso y humilde de corazón. Recordad que en aquel huerto vemos la Palabra hecha carne: un Hombre Perfecto. Todo su cuerpo se estremece al considerar los padecimientos físicos que le esperan; su naturaleza santa y sensible se encoge ante las atroces indignidades que van a amonestarse sobre El; su corazón se quebranta ante el horrible “vituperio” que se acerca; su

espíritu se turba al prever el tremendo conflicto con la Potestad de las Tinieblas. Pero sobre todas las cosas, su alma se horroriza ante el pensamiento de ser apartada de Dios mismo. Así, y en aquel lugar, derrama su alma ante el Padre, y con gran clamor y lágrimas, vierte como grandes gotas de sangre. Y ahora observad y escuchar. Apagad los latidos de vuestros corazones, y oíd las palabras que caen de sus benditos labios: “Padre, si quieres, pasa este vaso de mí; empero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42). He aquí la sumisión personificada. Aquí tenemos el ejemplo supremo de la resignación a la voluntad de un Dios soberano; su ejemplo que Él nos ha dejado para que sigamos sus pasos. El que era Dios, se hizo hombre, y fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado, para mostrarnos cómo llevar nuestra naturaleza de criaturas.

Antes hemos preguntado: ¿Qué diremos de la resignación absoluta de Cristo a la voluntad del Padre? Respondemos además, que en este caso, como en todos, Él fue único y sin par. En todas las cosas Él tiene el primado. En el Señor Jesús no hubo una voluntad rebelde que quebrantar. En su corazón no había nada que someter. ¿No fue ésta una de las razones de que, en el lenguaje de la profecía, dijera: “Yo soy gusano, y no hombre”? (Salmo 22.6). ¡Un gusano no tiene poder para resistir! Y fue por no haber resistencia alguna en Él, que pudo decir: “Mi comida es que haga la voluntad del que

me envió” (Juan 4.34). Más aún, fue porque su armonía con el Padre era perfecta en todo lo que dijo: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mis entrañas” (Salmo 40.8). Nótese la última cláusula y obsérvese su incomparable excelencia. Dios ha de poner Sus leyes en nuestros espíritus, y escribirlas en nuestros corazones (véase Hebreos 8.10), pero Su ley estaba ya en el corazón de Cristo.

¡Qué hermosa y notable ilustración del agradecimiento y el gozo de Cristo es la que se halla en Mateo 11. En este pasaje vemos, primeramente, la débil fe de su heraldo (vs. 2,3). En segundo lugar, el descontento del pueblo, a quien no agradó el gozoso mensaje de Cristo ni la solemne predicación de Juan (versículos 16-20). Después, vemos también la falta de arrepentimiento de aquellas ciudades privilegiadas en que nuestro Señor había hecho sus obras más portentosas (vs. 22-24). ¡Y finalmente leemos: “En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra, que hayas escondido esto de los sabios y de los entendidos, y las hayas revelado a los niños” (v 25). Nótese que el pasaje paralelo en Lucas 10 empieza diciendo: “En aquella misma hora Jesús se alegró en espíritu, y dijo: Yo te alabo”, etc. ¡Ah, esto sí que era sumisión en su más pura forma! He aquí a Aquel por quien los mundos fueron hechos, en los días de Su humillación y frente a Su rechazamiento, inclinándose en agradecido y gozoso acatamiento ante la voluntad del

“Señor del cielo y de la tierra”.

¿Cuál ha de ser nuestra actitud con respecto a la soberanía de Dios? Respondamos finalmente: la de

5.- ADORACIÓN.

Se ha dicho, con razón, que “El verdadero culto está vasado en el reconocimiento de una GRANDEZA que se aprecia en grado superlativo en la soberanía, no habiendo otro estrado en que los hombres adoren realmente” (J. B. Moody). En presencia del Rey Divino en Su trono, aun los serafines “cubren sus rostros”.

La soberanía divina no es la soberanía de un déspota tiránico, sino la voluntad puesta en acción por Aquel que es infinitamente sabio, no puede errar, y puesto que es infinitamente justo, no comete injusticia. He aquí la maravillosa esencia de esta verdad. El mero y solo hecho de que la voluntad de Dios es irresistible e irrevocable, me llena de temor; pero una vez más me doy cuenta de que el solamente quiere lo bueno, mi corazón se llena de gozo.

Esta es, pues, la respuesta conclusiva a la cuestión que se trata en el presente capítulo: ¿Cuál ha de ser nuestra actitud hacia la soberanía de Dios? La actitud que nos corresponde adoptar es la de temor reverente, obediencia

implícita, resignación y sumisión sin reserva alguna. Pero no solamente esto: el reconocimiento de la soberanía de Dios, y el conocimiento y comprensión de que el soberano mismo es mi Padre, ha de abrumar mi corazón y hacer que me incline ante El en devota adoración. En todo momento mis palabras han de ser: “Así, Padre, pues que así agradó en tus ojos”. Terminamos con un ejemplo que ilustrará perfectamente lo que queremos decir.

Hace aproximadamente dos siglos, la piadosa Madame Guyon, después de haber pasada diez años en un calabozo situado muy por debajo del nivel del suelo, alumbrado solamente por una vela a la hora de las comidas, escribió estas palabras:

Cual ave prisionera, en incansable trino,
ausente de los vientos, elevo al Rey mi canto;
contenta entre mis rejas, feliz en mi destino
porque así le ha placido al Dios tres veces Santo.

No tengo cosa alguna que ocupar en mi mente;
cantando paso el día, segura en mi recreo
que mi canción escucha el ser Omnipotente
que trabaja mis alas, al que agradar deseo.

Aunque muros de piedra mis libertades veden
y aprisionen mi vida, en mi canto de euforia

mi corazón es libre: jamás cadenas pueden
aherrojar mi alma en su suelo de gloria.

¡Oh, cuán grato este vuelo a la dulce presencia,
liberta en el Maestro cuyo designio adoro!
¡Tu voluntad yo amo; en tu real Providencia
el espíritu es libre, y en tus delicias moro!

TALLER LECCIÓN 5.

1. Verdadero y Falso (Argumente su elección).

a. La afirmación: “el principio de la sabiduría es el temor de Jehová”, es un argumento inventado por el autor de este libro y no está en la biblia.

b. La soberanía de Dios se basa en que el hombre viva atemorizado.

c. La verdadera aceptación de la soberanía de Dios confiesa que Él tiene perfecto derecho a hacer de nosotros lo que quiera.

d. La verdadera aceptación de la soberanía de Dios hace que suspendamos temporalmente todos nuestros planes en espera de conocer su voluntad.

e. La frase “de lo perdido sacar lo que se pueda” corresponde a la aceptación reverente del hombre ante la soberanía de Dios.

2. Selección Múltiple.

a. ¿Cuál de las siguientes actitudes del hombre ante la Soberanía de Dios, no está dentro de las estudiadas en este discipulado?:

- i. Temor reverente
- ii. Obediencia implícita
- iii. Resignación y sumisión sin reserva.
- iv. Paciencia y Perseverancia.

b. ¿Cuál de los siguientes ejemplos corresponden a una ilustración de Resignación frente a la soberanía de Dios según el texto?

- i. Cuando Pedro le corta la oreja al soldado.
- ii. La liberación de Barrabás.
- iii. El llamamiento de Samuel.
- iv. El aviso a Elí de la sentencia sobre sus hijos.

c. La afirmación bíblica “hágase tu voluntad” y “Ninguno puede servir a dos señores” corresponde a la siguiente actitud del hombre frente a la soberanía de Dios:

- i. Adoración.
- ii. Temor Reverente.
- iii. Resignación.
- iv. Obediencia Implícita.
- v. Todas las anteriores.

Bibliografía

Lecturas Previas extraídas directamente de:

- A. Pink, (1995) *La soberanía de Dios, El Estandarte de la Verdad*, Edinburgh.

Versión de Biblia usada:

- Reina Valera Revisada (1960). 1998 Miami: Sociedades Bíblicas Unidas.

Textos complementarios:

- Harrison, E. F., Bromiley, G. W., & Henry, C. F. H. (2006). *Diccionario de Teología* (v). Grand Rapids, MI: Libros Desafío.
- Lockward, A. (2003). *Nuevo diccionario de la Biblia* (131). Miami: Editorial Unilit.

Índice

▪ Bienvenidos a Raíces.	4
▪ Palabras de Nuestro Pastor.	5
▪ Metodología.	6
▪ Malla Curricular.	7
▪ Clase 1: Introducción y Definición.	8
- Lectura	8
- Taller	14
▪ Clase 2: La soberanía de Dios en la Creación.	17
- Lectura	17
- Taller	20
▪ Clase 3: La soberanía de Dios en su providencia.	23
- Lectura	23

- Taller	34
▪ Clase 4: La soberanía de Dios y la voluntad del hombre.	37
- Lectura	37
- Taller	51
▪ Clase 5: Nuestra actitud hacia la soberanía de Dios.	54
- Lectura	54
- Taller	65
▪ Bibliografía.	69
▪ Índice.	70

Job 26.7-14

*“El extiende el norte sobre vacío,
Cuelga la tierra sobre nada.
Ata las aguas en sus nubes,
Y las nubes no se rompen debajo de ellas.
El encubre la faz de su trono,
Y sobre él extiende su nube.
Puso límite a la superficie de las aguas,
Hasta el fin de la luz y las tinieblas.
Las columnas del cielo tiemblan,
Y se espantan a su reprensión.
El agita el mar con su poder,
Y con su entendimiento hiere la arrogancia suya.
Su espíritu adornó los cielos;
Su mano creó la serpiente tortuosa.
He aquí, estas cosas son sólo los bordes de sus caminos;
¡Y cuán leve es el susurro que hemos oído de él!
Pero el trueno de su poder, ¿quién lo puede comprender?”*